

# **LAS MOCEDADES DEL CID**

## **Guillén de Castro y Bellvís**

**Texto basado en varios impresos tempranos y modernos de LAS MOCEDADES DEL CID pero principalmente en la *Primera parte*, publicada en Valencia en 1618. El texto presentado fue preparado por Vern Williamsen en esta forma electrónica en el año 1995.**

### **Personajes que hablan en ella:**

- **El REY, don Fernando**
- **La REINA, su mujer**
- **El PRÍNCIPE, don Sancho**
- **La INFANTA, doña Urraca**
- **DIEGO Laínez, Padre del Cid**
- **RODRIGO, el Cid**
- **El CONDE Lozano**
- **JIMENA Gómez, hija del Conde**
- **ARIAS Gonzalo**
- **Per ANSURES**
- **HERNÁN Díaz, hermano del Cid**
- **BERMUDO Laín, hermano del Cid**
- **ELVIRA, criada de Jimena Gómez**
- **Un MAESTRO de armas del Príncipe**
- **MARTÍN González**
- **Un REY MORO**
- **Cuatro MOROS**
- **Un PASTOR**
- **Un GAFO**



al alma sabrosa pena.)  
REINA: ¡Qué bien las armas te están!  
¡Bien te asientan!  
RODRIGO: ¿No era llano,  
pues tú les diste los ojos,  
y Arias Gonzalo la mano?  
ARIAS: Son del cielo tus despojos,  
y es tu valor castellano.

**[Hablan al REY]**

REINA: ¿Qué os parece mi ahijado?  
PRÍNCIPE: ¿No es galán, fuerte y lucido?

**[Habla a Per ANSURES]**

CONDE: Bravamente le han honrado  
los reyes.  
ANSURES: Extremo ha sido.  
RODRIGO: ¡Besaré lo que ha pisado  
quien tanta merced me ha hecho!  
REY: Mayores las merecías.  
¡Qué robusto, qué bien hecho!  
Bien te vienen armas mías.  
RODRIGO: Es tuyo también mi pecho.  
REY: Llegémonos al altar  
del santo patrón de España.  
DIEGO: No hay más glorias que esperar.  
RODRIGO: Quien te sirve y te acompaña,  
al cielo puede llegar.

***Corren una cortina y parece el altar de Santiago, y  
en él una fuente de plata, una espada y unas espuelas  
doradas.***

REY: Rodrigo, ¿queréis ser caballero?  
RODRIGO: Sí, quiero.

REY:                   Pues Dios os haga buen caballero.  
Rodrigo, ¿queréis ser caballero?  
RODRIGO:             Sí, quiero.  
REY:                   Pues Dios os haga buen caballero.  
Rodrigo, ¿queréis ser caballero?  
RODRIGO:             Sí, quiero.  
REY:                   Pues Dios os haga buen caballero.

                  Cinco batallas campales  
venció en mi mano esta espada,  
y pienso dejarla honrada  
a tu lado.

RODRIGO:                   Extremos tales  
mucho harán, señor, de nada.  
                  Y así, porque su alabanza  
llegue hasta la esfera quinta,  
ceñida en tu confianza  
la quitaré de mi cinta,  
colgaréla en mi esperanza.  
                  Y, por el ser que me ha dado  
y tuyo, que el cielo guarde.  
de no volvérmela al lado  
hasta estar asegurado  
de no hacértela cobarde,  
                  que será habiendo vencido  
cinco campales batallas.

CONDE:                 (¡Ofrecimiento atrevido!)  
REY:                   Yo te daré para dallas  
la ocasión que me has pedido.  
                  Infanta, y vos le poné  
la espuela.

**Aparte**

RODRIGO:                   ¡Bien soberano!  
INFANTA:                Lo que me mandas haré.  
RODRIGO:                Con un favor de tal mano,  
sobre el mundo pondré el pie.

***Pónele [la INFANTA] doña Urraca las  
espuelas***

INFANTA: Pienso que te habré obligado.  
Rodrigo, acuérdate de esto.

RODRIGO: Al cielo me has levantado.

JIMENA: (Con la espuela que le ha puesto el corazón me ha picado.) **Aparte**

RODRIGO: Y tanto servirte espero,  
como obligado me hallo.

REINA: Pues eres ya caballero,  
ve a ponerte en un caballo,  
Rodrigo, que darte quiero.  
Y yo y mis damas saldremos  
a verte salir en él.

PRÍNCIPE: A Rodrigo acompañemos.

REY: Príncipe, salid con él.

ANSURES: (Ya estas honras son extremos.) **Aparte**

RODRIGO: ¿Qué vasallo mereció  
ser de su rey tan honrado?

PRÍNCIPE: Padre, ¿y cuándo podré yo  
ponerme una espada al lado?

REY: Aún no es tiempo.

PRÍNCIPE: ¿Cómo no?

REY: Pareceráte pesada,  
que tus años tiernos son.

PRÍNCIPE: Ya desnuda o ya envainada,  
las alas del corazón  
hacen ligera la espada.  
Yo, señor, cuando su acero  
miro de la punta al pomo  
con tantos bríos le altero,  
que a ser un monte de plomo  
me pareciera ligero.  
Y si Dios me da lugar  
de ceñilla, y satisfecho  
de mi pujanza, llevar  
en hombros, espalda y pecho,  
gola, peto y espaldar,  
verá el mundo que me fundo  
en ganalle; y si le gano,  
verán mi valor profundo  
sustentando en cada mano

un polo de los del mundo.  
REY: Sois muy mozo, Sancho; andad.  
Con la edad daréis desvío  
a ese brío.

PRÍNCIPE: ¡Imaginad  
que pienso tener más brío  
cuanto tenga más edad!

RODRIGO: En mí tendrá vuestra alteza  
para todo un fiel vasallo.

CONDE: (¡Qué brava naturaleza!)

**Aparte**

PRÍNCIPE: Ven y pondráste a caballo.

ANSURES: (Será la misma braveza!)

**Aparte**

REINA: Vamos a vellos.

DIEGO: Bendigo,  
hijo, tan dichosa palma.

REY: (¡Qué de pensamientos sigo!)

**Aparte**

JIMENA: (¡Rodrigo me lleva el alma!)

**Aparte**

INFANTA: (¡Bien me parece Rodrigo!)

**Aparte**

***Vanse y quedan el REY, el CONDE Lozano, DIEGO  
Laínez, ARIAS Gonzalo y Per ANSURES***

REY: Conde de Orgaz, Per Ansuers,  
Laínez, Arias Gonzalo,  
los cuatro que hacéis famoso  
nuestro consejo de estado,  
esperad, volved, no os vais;  
sentaos, que tengo que hablaros.

***Siéntanse todos cuatro, y el REY en medio de  
ellos***

Murió Gonzalo Bermúdez

que del príncipe don Sancho  
fue ayo, y murió en el tiempo  
que más le importaba el ayo.  
Pues dejando estudio y letras  
el príncipe tan temprano,  
tras su inclinación le llevan  
guerras, armas y caballos.  
Y siendo de condición  
tan indomable, y tan bravo,  
que tiene asombrado el mundo  
con sus prodigio extraños,  
un vasallo ha menester  
que, tan leal como sabio,  
enfrene sus apetitos  
con prudencia y con recato.  
Y así, yo viendo, parientes  
más amigos que vasallos,  
que es mayordomo mayor  
de la reina Arias Gonzalo,  
y que de Alonso y García  
tiene la cura a su cargo  
Peransures, y que el conde  
por muchas causas Lozano,  
para mostrar que lo es,  
viste acero y corre el campo,  
quiero que a Diego Laínez  
tenga el príncipe por ayo;  
pero es mi gusto que sea  
con parecer de los cuatro,  
columnas de mi corona,  
y apoyos de mi cuidado.

ARIAS: ¿Quién como Diego Laínez  
puede tener a su cargo  
lo que importa tanto a todos,  
y al mundo le importa tanto?

ANSURES: ¿Merece Diego Laínez  
tal favor de tales manos?

CONDE: Sí, merece; y más agora,  
que a ser contigo ha llegado  
preferido a mi valor

tan a costa de mi agravio.  
Habiendo yo pretendido  
el servir en este cargo  
al príncipe mi señor,  
que el cielo guarde mil años,  
debieras mirar, buen rey,  
lo que siento y lo que callo  
por estar en tu presencia,  
si es que puedo sufrir tanto.  
Si el viejo Diego Laínez  
con el peso de los años,  
caduca ya, ¿cómo puede  
siendo caduco, ser sabio?  
Y cuando al príncipe enseñe  
lo que entre ejercicios varios  
debe hacer un caballero  
en las plazas y en los campos,  
¿podrá, para dalle ejemplo,  
como yo mil veces hago,  
hacer una lanza astillas,  
desalentando un caballo?  
Si yo...

REY:

¡Baste!

DIEGO:

Nunca, conde,

anduvistes tan lozano.  
Que estoy caduco confieso,  
que el tiempo, en fin, puede tanto.  
Mas caducando, durmiendo,  
feneciendo, delirando,  
¡puedo, puedo enseñar yo  
lo que muchos ignoraros!  
Que si es verdad que se muere  
cual se vive, agonizando,  
para vivir daré ejemplos,  
y valor para imitallos.  
Si ya me faltan las fuerzas  
para con pies y con brazos  
hacer de lanzas astillas  
y desalentar caballos,  
de mis hazañas escritas



daré al príncipe un traslado,  
y aprenderá en lo que hice,  
si no aprende en lo que hago.  
Y verá el mundo, y el rey,  
que ninguno en lo criado  
merece...

REY:                                    ¡Diego Laínez!  
CONDE:                                ¡Yo lo merezco...  
REY:                                    ¡Vasallos!  
CONDE:                                ...tan bien como tú, y mejor!  
REY:                                    ¡Conde!  
DIEGO:                                Recibes engaño.  
CONDE:                                Yo digo...  
REY:                                    ¡Soy vuestro rey!  
DIEGO:                                ¿No dices?...  
CONDE:                                Dirá la mano  
lo que ha callado la lengua!

***Dale una bofetada***

ANSURES:                            ¡Tente!...  
DIEGO:                                ¡Ay, viejo desdichado!  
REY:                                    ¡Ah, de mi guarda...!  
DIEGO:                                ¡Dejadme!  
REY:                                    ¡Prendedle!  
CONDE:                                ¿Estás enojado?  
Espera, excusa alborotos,  
rey poderoso, rey magno,  
y no los habrá en el mundo  
de habellos en tu palacio.  
Y perdónale esta vez  
a esta espada y a esta mano  
el perderte aquí el respeto,  
pues tantas y en tantos años  
fue apoyo de tu corona,  
caudillo de tus soldados,  
defendiendo tus fronteras,  
y vengando tus agravios.  
Considera que no es bien

que prendan los reyes sabios  
a los hombres como yo,  
que son de los reyes manos,  
alas de su pensamiento,  
y corazón de su estado.

REY:

¿Hola?

ANSURES:

¿Señor?

ARIAS:

¿Señor?

REY:

¿Conde?

CONDE:

Perdona.

REY:

¡Espera villano!

***Vase el CONDE***

¡Seguidle!

ARIAS:

¡Parezca agora

tu prudencia, gran Fernando!

DIEGO:

Llamalde, llamad al conde,  
que venga a ejercer el cargo  
de ayo de vuestro hijo,  
que podrá más bien honrallo;  
pues que yo sin honra quedo,  
y él lleva, altivo y gallardo,  
añadido al que tenía  
el honor que me ha quitado.  
Y yo me iré, si es que puedo,  
tropezando en cada paso  
con la carga de la afrenta  
sobre el peso de los años,  
donde mis agravios llore  
hasta vengar mis agravios.

REY:

¡Escucha, Diego Laínez!

DIEGO:

Mal parece un afrentado  
en presencia de su rey.

REY:

¡Oíd!

DIEGO:

¡Perdonad, Fernando!

(¡Ay, sangre que honró a Castilla!) **Aparte**

***Vase DIEGO Laínez***

REY:                    ¡Loco estoy!  
ARIAS:                    Va apasionado.  
REY:                    Tiene razón. ¿Qué haré, amigos?  
                          ¿Prenderé al conde Lozano?  
ARIAS:                    No, señor; que es poderoso,  
                          arrogante, rico y bravo,  
                          y aventuras en tu imperio  
                          tus reinos y tus vasallos.  
                          Demás de que en casos tales  
                          es negocio averiguado  
                          que el prender al delincuente  
                          es publicar el agravio.  
REY:                    Bien dices. Ve, Peransures,  
                          siguiendo al conde Lozano.

**A ARIAS Gonzalo**

                          Sigue tú a Diego Laínez.  
                          Decid de mi parte a entrambos  
                          que, pues la desgracia ha sido  
                          en mi aposento cerrado  
                          y está seguro el secreto,  
                          que ninguno a publicallo  
                          se atreva, haciendo el silencio  
                          perpetuo; y que yo lo mando  
                          so pena de mi desgracia.  
ANSURES:                ¡Notable razón de estado!

**A ARIAS Gonzalo**

REY:                    Y dile a Diego Laínez  
                          que su honor tomo a mi cargo,  
                          y que vuelva luego a verme.

**A Per ANSURES**

Y di al conde que le llamo,  
y le aseguro. Y veremos  
si puede haber medio humano  
que componga estas desdichas.

ANSURES:

Iremos.

REY:

¡Volved volando!

ARIAS:

Mi sangre es Diego Laínez.

ANSURES:

Del conde soy primo hermano.

REY:

Rey soy mal obedecido,  
castigaré mis vasallos.

***Vanse. Sale RODRIGO con sus hermanos HERNÁN  
Díaz y BERMUDO Laín que le salen quitando las  
armas***

RODRIGO:

Hermanos, mucho me honráis.

BERMUDO:

A nuestro hermano mayor  
servimos.

RODRIGO:

Todo el amor  
que me debéis, me pagáis.

HERNÁN:

Con todo habemos quedado.  
Que es bien que lo confesamos,  
envidiando los extremos  
con que del rey fuiste honrado.

RODRIGO:

Tiempo, tiempo vendrá, hermanos,  
en que el rey, placiendo a Dios,  
pueda emplear en los dos  
sus dos liberales manos,  
y os dé con los mismos modos  
el honor que merecí;  
que el rey que me honra a mí,  
honra tiene para todos.

Id colgando con respeto  
sus armas, que mías son;  
a cuyo heroico blasón  
otra vez juro y prometo  
de no ceñirme su espada,  
que colgada aquí estará

de mi mano, y está ya  
de mi esperanza colgada,  
hasta que llegue a vencer  
cinco batallas campales.

BERMUDO: ¿Y cuándo, Rodrigo, sales  
al campo?

RODRIGO: A tiempo ha de ser.

***Sale DIEGO Laínez con el báculo  
partido en dos partes***

DIEGO: ¿Agora cuelgas la espada,  
Rodrigo?

HERNÁN: ¡Padre!

BERMUDO: ¡Señor!

RODRIGO: ¿Qué tienes?

DIEGO: (No tengo honor.) **Aparte**  
¡Hijos!

RODRIGO: ¡Dile!

DIEGO: Nada, nada...  
¡Dejadme solo!

RODRIGO: ¿Qué ha sido?  
(De honra son estos enojos **Aparte**  
Vertiendo sangre de los ojos  
con el báculo partido...)

DIEGO: ¡Salíos fuera!

RODRIGO: Si me das  
licencia, tomar quisiera  
otra espada.

DIEGO: ¡Esperad fuera!  
¡Salte, salte como estás!

HERNÁN: ¡Padre!

BERMUDO: ¡Padre!

DIEGO: (¡Más se aumenta **Aparte**  
mi desdicha!)

RODRIGO: ¡Padre amado!

DIEGO: (Con una afrenta os he dado **Aparte**  
a cada uno una afrenta.)  
¡Dejadme solo...!

BERMUDO: Crüel  
es su pena.

HERNÁN: Yo la siento.

DIEGO: (¡Que se caerá este aposento **Aparte**  
si hay cuatro afrentas en él!)  
¿No os vais?

RODRIGO: Perdona...

DIEGO: (¡Qué poca **Aparte**  
es mi suerte!)

RODRIGO: (¿Qué sospecho? **Aparte**  
Pues ya el honor en mi pecho  
toca a fuego, al arma toca.)

***Vanse los tres***

DIEGO: ¡Cielos! ¡Peno, muero, rabio!...  
No más, báculo rompido,  
pues sustentar no ha podido  
sino al honor, al agravio.  
Mas nos os culpo, como sabio.  
Mal he dicho, perdonad.  
Que es ligera autoridad  
la vuestra, y sólo sustenta  
no la carga de una afrenta,  
sino el peso de una edad.  
Antes con mucha razón  
es vengo a estar obligado,  
pues dos palos me habéis dado  
con que vengue un bofetón.  
Mas es liviana opinión  
que mi honor fundarse quiera  
sobre cosa tan ligera.  
Tomando esta espada, quiero  
llevar báculo de acero  
y no espada de madera.

***Ha de haber unas armas colgadas en el tablado y  
algunas espadas***

Si no me engaño, valor  
tengo que mi agravio siente.  
¡En ti, en ti, espada valiente,  
ha de fundarse mi honor!  
De Mudarra el vengador  
eres; tu acero afamado  
desde el uno al otro polo;  
pues vengaron tus heridas  
la muerte de siete vidas,  
¡venga en mí un agravio solo!

¿Esto es blandir o temblar?  
Pulso tengo todavía;  
aún hierve mi sangre fría,  
que tiene fuego el pesar.  
Bien me puedo aventurar;  
mas, ¡ay cielo!, engaño es,  
que cualquier tajo o revés  
me lleva tras sí la espada,  
bien en mi mano apretada  
y mal segura en mis pies.

Ya me parece de plomo,  
ya mi fuerza desfallece,  
ya caigo, ya me parece  
que tiene a la punta el pomo.  
Pues, ¿qué he de hacer? ¿Cómo, cómo  
con qué, con qué confianza  
daré paso a mi esperanza,  
cuando funda el pensamiento  
sobre tan flaco cimiento  
tan importante venganza?

¡Oh, caduca edad cansada!  
Estoy por pasarme el pecho.  
¡Ah, tiempo ingrato! ¿Qué has hecho?  
¡Perdonad, valiente espada!  
¡Y estad desnuda y colgada  
que no he de envainaros, no!  
Que pues mi vida acabó  
donde mi afrenta comienza,  
teniéndoos a la vergüenza,





**Vase**

DIEGO:                    ¡Si así son todos mis hijos,  
buena queda mi esperanza!  
¡Bermudo Laín!

**Sale BERMUDO Laín**

BERMUDO:                    ¿Señor?  
DIEGO:                    Una congoja, una basca  
tengo, hijo. Llega, llega...  
¡Dame la mano!

**Apriétale la mano**

BERMUDO:                    Tomalla  
puedes. ¡Mi padre! ¿Que haces?  
¡Suelta, deja, quedo, basta!  
¿Con las dos manos me aprietas?  
DIEGO:                    ¡Ay, infame! Mis manos flacas  
¿son las garras de un león?  
Y aunque lo fueran, ¿bastaran  
a mover tus tiernas quejas?  
¿Tú eres hombre? ¡Vete, infamia  
de mi sangre!  
BERMUDO:                    Voy corrido.

**Vase**

DIEGO:                    ¿Hay tal pena? ¿Hay tal desgracia?  
¿En qué columnas escriba  
la nobleza de una casa  
que dio sangre a tantos reyes?  
Todo el aliento me falta.  
¿Rodrigo?



para hacer esta venganza,  
fue porque más te quería,  
fue por más te adoraba;  
y tus hermanos quisiera  
que mis agravios vengaran  
por tener seguro en ti  
el mayorazgo en mi casa.  
Pero pues los vi, al proballos  
tan sin bríos, tan sin alma,  
que cobraron mis afrentas,  
y crecieron mis desgracias.  
¡A ti te toca, Rodrigo!  
Cobra el respeto a estas canas;  
poderoso es el contrario  
y en palacio y en campaña  
su parecer el primero,  
y suya la mejor lanza.  
Pero pues tienes valor  
y el discurso no te falta  
cuando a la vergüenza miras  
aquí ofensa y allí espada.  
No tengo más que decirte  
pues ya mi aliento se acaba  
y voy a llorar afrentas  
mientras tú tomas venganza.

**Vase DIEGO Laínez, dejando solo a RODRIGO**

RODRIGO:            Suspenso, de afligido,  
estoy... Fortuna, ¿es cierto lo que veo?  
¡Tan en mi daño ha sido  
tu mudanza, que es tuya, y no la creo!  
¿Posible pudo ser que permitiese  
tu inclemencia que fuese  
mi padre el ofendido? ¡Extraña pena!  
¿Y el ofensor el padre de Jimena?  
                  ¿Qué haré, suerte atrevida,  
si él es el alma que me dio la vida?  
¿Que haré--¡terrible calma!--

si ella es la vida que me tiene el alma?  
Mezclar quisiera, en confianza tuya,  
mi sangre con la suya,  
¿y he de verter su sangre? ¡Brava pena!  
¿Yo he de matar al padre de Jimena?

Mas ya ofende esta duda  
al santo honor que mi opinión sustenta.  
Razón es que sacuda  
de amor el yugo y, la cerviz exenta,  
acuda a lo que soy; que habiendo sido  
mi padre el ofendido,  
poco importa que fuese--¡amarga pena!  
el ofensor el padre de Jimena.

¿Que imagino? Pues que tengo  
más valor que pocos años,  
para vengar a mi padre  
matando al conde Lozano,  
¿qué importa el bando temido  
del poderoso contrario,  
aunque tenga en las montañas  
mil amigos asturianos?  
¿Y qué importa que en la corte  
del rey de León, Fernando,  
sea su voto el primero,  
y en guerra el mejor su brazo?  
Todo es poco, todo es nada  
en descuento de un agravio,  
el primero que se ha hecho  
a la sangre de Laín Calvo.  
Daráme el cielo ventura,  
si la tierra me da campo,  
aunque es la primera vez  
que doy el valor al brazo.  
Llevaré esta espada vieja  
de Mudarra el castellano,  
aunque está bota y mohosa,  
por la muerte de su amo;  
y si le pierdo el respeto,  
quiero que admita en descargo

del ceñírmela ofendido,  
lo que la digo turbado.

Haz cuenta, valiente espada,  
que otro Mudarra te ciñe,  
y que con mi brazo riñe  
por su honra maltratada.

Bien sé que te correrás  
de venir a mi poder,  
mas no te podrás correr  
de verme echar paso atrás.

Tan fuerte como tu acero  
me verás en campo armado;  
segundo dueño has cobrado  
tan bueno como el primero.

Pues cuando alguno me venza,  
corrido del torpe hecho  
hasta la cruz en mi pecho  
te esconderé, de vergüenza.

**Vase. Salen a la ventana doña URRACA y  
JIMENA Gómez**

URRACA:            ¡Qué general alegría  
tiene toda la ciudad  
con Rodrigo!

JIMENA:            Así es verdad,  
y hasta el sol alegre al día.

URRACA:            Será un bravo caballero,  
galán, bizarro y valiente.

JIMENA:            Luce en él gallardamente  
entre lo hermoso lo fiero.

URRACA:            ¡Con qué brío, qué pujanza,  
gala, esfuerzo y maravilla  
afirmándose en la silla,  
rompió en el aire una lanza!

Y al saludar, ¿no le viste  
que a tiempo picó el caballo?

JIMENA:            Si llevó para picallo



y el otro no cobra nada;  
el remitir a la espada  
los agravios es mejor.

ANSURES:           ¿Y no hay otros medios buenos?

CONDE:           No dicen con mi opinión.  
Al dalle satisfacción  
¿no he de decir, por lo menos,  
          que sin mí y conmigo estaba  
al hacer tal desatino,  
o porque sobraba el vino,  
o porque el seso faltaba?

ANSURES:           Es ansí.

CONDE:                       ¿Y no es desvarío  
el no advertir, que en rigor  
pondré un remedio en su honor  
quitando un girón del mío?

          Y en habiendo sucedido,  
habremos los dos quedado,  
él, con honor remendado,  
y yo, con honor perdido.

          Y será más en su daño  
remiendo de otro color,  
que el remiendo en el honor  
ha de ser del mismo paño.

          No ha de quedar satisfecho  
de esa suerte, cosa es clara;  
si sangre llamé a su cara,  
saque sangre de mi pecho,  
          que manos tendré y espada  
para defenderme de él.

ANSURES:           Esa opinión es crüel.

CONDE:           Esta opinión es honrada.

          Procure siempre acertalla  
el honrado y principal;  
pero si la acierta mal,  
defendella y no enmendalla.

ANSURES:           Advierte bien lo que haces,  
que sus hijos...

CONDE:                       Calla, amigo;  
¿y han de competir conmigo

un caduco y tres rapaces?

***Vanse, como que entran en palacio. Sale RODRIGO***

JIMENA:                    ¡Parece que está enojado  
mi padre, ay Dios! Ya se van.

URRACA:                    No te aflijas; tratarán  
allá en su razón de estado.  
Rodrigo viene.

JIMENA:                    Y también  
trae demudado el semblante.

RODRIGO:                    (Cualquier agravio es gigante            **Aparte**  
en el honrado... ¡Ay. mi bien!)

URRACA:                    ¡Rodrigo, qué caballero  
pareces!

RODRIGO:                    (¡Ay, prenda amada!)            **Aparte**

URRACA:                    ¡Qué bien te asienta la espada  
sobre seda y sobre acero!

RODRIGO:                    Tal merced...

JIMENA:                    (Alguna pena            **Aparte**  
señala... ¿Qué puede ser?)

URRACA:                    Rodrigo...

RODRIGO:                    (Que he de verter            **Aparte**  
sangre del alma! ¡Ay, Jimena!

URRACA:                    ...o fueron vanos antojos,  
o pienso que te has turbado.

RODRIGO:                    Sí, que las dos habéis dado  
dos causas a mis dos ojos,  
pues lo fueron de este efeto  
el darme con tal ventura,  
Jimena, amor y hermosura,  
y tú, hermosura y respeto.

JIMENA:                    Muy bien ha dicho, y mejor  
dijera, si no igualara  
la hermosura.

URRACA:                    (Yo trocara            **Aparte**  
con el respeto el amor.)

**A JIMENA**



Más bien hubiera acertado  
si mi respeto no fuera,  
pues sólo tu amor pusiera  
tu hermosura en su cuidado,  
y no te causara enojos  
el ver igualarme a ti  
en ella.

JIMENA: Sólo sentí  
el agravio de tus ojos;  
porque yo más estimara  
el ver estimar mi amor  
que mi hermosura.

RODRIGO: (¡Oh, rigor de Fortuna! ¡Oh, suerte avara!  
¡Con glorias creces mi pena!) **Aparte**

URRACA: Rodrigo...

JIMENA: (¿Qué puede ser?) **Aparte**

RODRIGO: ¡Señora! (¡Que he de verter  
sangre del alma! ¡Ay Jimena!  
Ya sale el conde Lozano.  
¿Cómo, ¡terribles enojos!,  
teniendo el alma en los ojos  
pondré en la espada la mano?) **Aparte**

***Salen el CONDE Lozano, Per ANSURES y los criados***

ANSURES: De lo hecho te contenta,  
y ten por cárcel tu casa.

RODRIGO: (El amor allí me abrasa,  
y aquí me hiela el afrenta.) **Aparte**

CONDE: Es mi cárcel mi albedrío,  
si es mi casa.

***[Hablan aparte JIMENA y URRACA]***

JIMENA: (¿Qué tendrá?)

Ya está hecho brasa, y ya está  
como temblando de frío.

URRACA:               Hacia el conde esta mirando  
Rodrigo, el color perdido.  
¿Qué puede ser?)

RODRIGO:               (Si el que he sido               **Aparte**  
soy siempre, ¿qué estoy dudando?)

JIMENA:               (¿Qué mira? ¿A qué me condena?)

RODRIGO:               (Mal me puedo resolver.)               **Aparte**

JIMENA:               (¡Ay, triste!)

RODRIGO:               (¡Que he de verter  
sangre del alma! ¡Ay, Jimena!...  
¿Qué espero? ¡Oh, Amor gigante!...  
¿En qué dudo? Honor, ¿qué es esto?  
En dos balanzas he puesto  
ser honrado y ser amante.

***Salen DIEGO Laínez y ARIAS Gonzalo***

Mas mi padre es éste; rabio  
ya por hacer su venganza,  
¡que cayó la una balanza  
con el peso del agravio!

¡Cobardes mis bríos son,  
pues para que me animara  
hube de ver en su cara  
señalado el bofetón!)

DIEGO:               (Notables son mis enojos.               **Aparte**  
Debe dudar y temer.  
¿Que mira, si echa de ver  
que le animo con los ojos?)

ARIAS:               Diego Laínez, ¿qué es esto?

DIEGO:               Mal te lo puedo decir.

***[Per ANSURES habla al CONDE Lozano]***

ANSURES:             Por acá podremos ir  
que está ocupado aquel puesto.

CONDE: Nunca supe andar torciendo  
ni opiniones ni caminos.

RODRIGO: (Perdonad, ojos divinos **Aparte**  
si voy a matar muriendo.)  
¿Conde?

CONDE: ¿Quién es?

RODRIGO: A esta parte  
quiero decirte quién soy.

JIMENA: (¿Qué es aquello? ¡Muerta estoy!) **Aparte**

CONDE: ¿Qué me quieres?

RODRIGO: Quiero hablarte.  
Aquel viejo que está allí,  
¿sabes quién es?

CONDE: Ya lo sé.  
¿Por qué lo dices?

RODRIGO: ¿Por qué?  
Habla bajo, escucha.

CONDE: Di.

RODRIGO: ¿No sabes que fue despojo  
de honra y valor?

CONDE: Sí, sería.

RODRIGO: ¿Y que es sangre suya y mía  
la que yo tengo en el ojo?  
¿Sabes?

CONDE: Y el sabello...Acorta  
razones... ¿qué ha de importar?

RODRIGO: Si vamos a otro lugar  
sabrás lo mucho que importa.

CONDE: ¡Quita, rapaz! ¿Puede ser?  
Vete, novel caballero,  
vete, y aprende primero  
a pelear y a vencer;  
y podrás después honrarte  
de verte por mí vencido,  
sin que yo quede corrido  
de vencerte y de matarte.  
Deja agora tus agravios,  
porque nunca acierta bien  
venganzas con sangre quien  
tiene la leche en los labios.

RODRIGO:           En ti quiero comenzar  
a pelear y aprender;  
y verás si sé vencer,  
veré si sabes matar.  
          Y mi espada mal regida  
te dirá en mi brazo diestro,  
que el corazón es maestro  
de esta ciencia no aprendida.  
          Y quedaré satisfecho,  
mezclando entre mis agravios  
esta leche de mis labios  
y esa sangre de tu pecho.

ANSURES:           ¡Conde!

ARIAS:                ¡Rodrigo!

JIMENA:                ¡Ay de mí!

DIEGO:                (El corazón se me abrasa.)

RODRIGO:           Cualquier sombra de esta casa  
es sagrado para ti...

JIMENA:                ¿Contra mi padre, señor?

RODRIGO:           ...Y así no te mato agora.

JIMENA:                ¡Oye!

RODRIGO:            ¡Perdonad, señora!  
¡Que soy hijo de mi honor!  
Sígueme, Conde!

CONDE:                Rapaz  
con soberbia de gigante,  
mataréte si delante  
te me pones; vete en paz.  
          Vete, vete si no quiés  
que como en cierta ocasión  
di a tu padre un bofetón  
te dé a ti mil puntapiés.

RODRIGO:            ¡Ya es tu insolencia sobrada!

JIMENA:                ¡Con cuánta razón me aflijo!

DIEGO:                Las muchas palabras, hijo,  
quitan la fuerza a la espada.

JIMENA:                ¡Detén la mano violenta,  
Rodrigo!

URRACA:                Trance feroz!

DIEGO:                ¡Hijo, hijo! Con mi voz

**Aparte**

te envío ardiendo mi afrenta.

**ÉNTRANSE acuchillando el CONDE y RODRIGO, y todos tras ellos, y dice [el CONDE] dentro lo siguiente**

CONDE:                    ¡Muerto soy!  
JIMENA:                    ¡Suerte inhumana!  
                              ¡Ay, padre!  
ANSURES:                    ¡Matalde! ¡Muera!  
URRACA:                    ¿Qué haces, Jimena?  
JIMENA:                    Quisiera  
                              echarme por la ventana.  
                              Pero volaré corriendo,  
                              ya que no bajo volando.  
                              ¡Padre!

**Vase JIMENA**

DIEGO:                    ¡Hijo!  
URRACA:                    ¡Ay, Dios!

**Sale RODRIGO acuchillándose con todos**

RODRIGO:                    ¡Matando  
                              he de morir!  
URRACA:                    ¿Qué estoy viendo?  
CRIADO 1:                    ¡Muera, que al conde mató!  
CRIADO 2:                    ¡Prendedlo!  
URRACA:                    Esperad, ¿qué hacéis?  
                              Ni le prendáis, ni matéis...  
                              ¡Mirad, que lo mando yo,  
                              que estimo mucho a Rodrigo,  
                              y le ha obligado su honor!  
RODRIGO:                    Bella infanta, tal favor  
                              con toda el alma bendigo.  
                              Mas es la causa extremada,  
                              para tan pequeño efeto,

interponer tu respeto  
donde sobrara mi espada.

No matallos ni vencellos  
pudieras mandarme a mí,  
pues por respetarte a ti  
los dejo con vida a ellos.

Cuando me quieras honrar,  
con tu ruego y con tu voz  
detén el viento veloz,  
pára el indómito mar,

y para parar el sol  
te le opón con tu hermosura;  
que para éstos, fuerza pura  
sobra en mi brazo español;

y no irán tantos viniendo  
como pararé matando.

URRACA: Todo se va alborotando,  
Rodrigo, a Dios te encomiendo,  
y el sol, el viento y el mar,  
pienso, si te han de valer,  
con mis ruegos detener  
y con mis fuerzas parar.

RODRIGO: Beso mil veces tu mano.

### ***A los criados***

¡Seguidme!

CRIADO 1: ¡Vete al abismo!

CRIADO 2: ¡Sígate el demonio mismo!

URRACA: ¡Oh, valiente castellano!

## **FIN DEL ACTO PRIMERO**



Fuése, y la espada en la mano,  
llevando a compás los pies,  
pareció un Roldán francés,  
pareció un Héctor troyano.

***Salen por una puerta JIMENA Gómez, y por  
otra DIEGO Laínez, ella con un pañuelo lleno de  
sangre y él teñido en sangre el  
carrillo***

JIMENA:            ¡Justicia, justicia pido!  
DIEGO:            Justa venganza he tomado.  
JIMENA:            ¡Rey, a tus pies he llegado!  
DIEGO:            ¡Rey, a tus pies he venido!  
REY:                (¡Con cuánta razón me aflijo!        **Aparte**  
                      ¡Qué notable desconcierto!)  
JIMENA:            ¡Señor, a mi padre han muerto!  
DIEGO:            Señor, matóle mi hijo.  
                      Fue obligación sin malicia.  
JIMENA:            Fue malicia y confianza.  
DIEGO:            Hay en los hombre venganza.  
JIMENA:            ¡Y habrá en los reyes justicia!  
                      ¡Esta sangre limpia y clara  
                      en mis ojos considera!  
DIEGO:            Si esa sangre no saliera,  
                      ¿cómo mi sangre quedara?  
JIMENA:            ¡Señor, mi padre he perdido!  
DIEGO:            ¡Señor, mi honor he cobrado!  
JIMENA:            Fue el vasallo más honrado.  
DIEGO:            ¡Sabe el cielo quién lo ha sido!  
                      Pero no os quiero afligir.  
                      Sois mujer. Decid, señora.  
JIMENA:            Esta sangre dirá agora  
                      lo que no acierto a decir.  
                      Y de mi justa querella  
                      justicia así pediré,  
                      porque yo solo sabré  
                      mezclar lágrimas con ella.  
                      Yo vi con mis propios ojos



teñido el luciente acero;  
mira si con causa muerto  
entre tan justos enojos.

Yo llegué casi sin vida,  
y sin alma, ¡triste yo!,  
a mi padre, que me habló  
por la boca de la herida.

Atajóle la razón  
la muerte, que fue crüel,  
y escribió en este papel  
con sangre mi obligación.

A tus ojos poner quiero,  
letras que en mi alma están,  
y en los míos, como imán,  
sacan lágrimas de acero.

Y aunque el pecho se desangre  
en su misma fortaleza,  
costar tiene una cabeza  
cada gota de esta sangre.

REY:

¡Levantad!

DIEGO:

Yo vi, señor,  
que en aquel pecho enemigo  
la espada de mi Rodrigo  
entraba a buscar mi honor.

Llegué, y halléle sin vida,  
y puse con alma exenta  
el corazón en mi afrenta  
y los dedos en su herida.

Lavé con sangre el lugar  
adonde la mancha estaba,  
porque el honor que se lava,  
con sangre se ha de lavar.

Tú, señor, que la ocasión  
viste de mi agravio, advierte  
en mi cara de la suerte  
que se venga un bofetón;  
que no quedara contenta  
ni lograda mi esperanza,  
si no vieras la venganza  
adonde viste la afrenta.

Agora, si en la malicia  
que a tu respeto obligó,  
la venganza me tocó  
y te toca la justicia,  
hazla en mí, rey soberano,  
pues es propio de tu alteza  
castigar en la cabeza  
los delitos de la mano.

Y sólo fue mano mía  
Rodrigo. Yo fui el crüel  
que quise buscar en él  
las manos que no tenía.

Con mi cabeza cortada  
quede Jimena contenta,  
que mi sangre sin mi afrenta  
saldrá limpia y saldrá honrada.

REY: ¡Levanta y sosiegaté!  
¡Jimena!

JIMENA: ¡Mi llanto crece!

***Salen doña URRACA y el PRÍNCIPE don  
Sancho, con quien los acompañe***

URRACA: Llega, hermano, y favorece  
a tu ayo.

PRÍNCIPE: Así lo haré.

REY: Consolad, Infanta, vos  
a Jimena. ¡Y vos, id preso!

PRÍNCIPE: Si mi padre gusta de eso  
presos iremos los dos.

Señale la fortaleza...  
mas tendrá su majestad  
a estas canas más piedad.

DIEGO: Déme los pies vuestra alteza.

REY: A castigalle me aplico.  
¡Fue gran delito!

PRÍNCIPE: Señor,  
fue la obligación de honor,  
iy soy yo el que lo suplico!



cuanto tú más le persigas.)  
ARIAS: (Sucesos han sido extraños.) **Aparte**  
PRÍNCIPE: Pues yo tu príncipe soy,  
ve confiado.  
DIEGO: Sí, voy.  
Guárdete el cielo mil años.

***Sale un PAJE, y habla a la Infanta [URRACA]***

PAJE: A su casa de placer  
quiere la reina partir;  
manda llamarte.  
URRACA: Habré de ir;  
con causa debe de ser.  
REY: Tú, Jimena, ten por cierto  
tu consuelo en mi rigor.  
JIMENA: ¡Haz justicia!  
REY: Ten valor.  
JIMENA: (¡Ay, Rodrigo, que me has muerto!) **Aparte**

***Vanse, y salen RODRIGO y ELVIRA, criada de  
JIMENA***

ELVIRA: ¿Qué has hecho, Rodrigo?  
RODRIGO: Elvira,  
una infelice jornada.  
A nuestra amistad pasada  
y a mis desventuras mira.  
ELVIRA: ¿No mataste al conde?  
RODRIGO: Es cierto;  
importábale a mi honor.  
ELVIRA: Pues, señor,  
¿cuándo fue casa del muerto  
sagrado del matador?  
RODRIGO: Nunca al que quiso la vida;  
pero yo busco la muerte  
en su casa.  
ELVIRA: ¿De qué suerte?



**Vanse Per ANSURES y los demás que salieron  
acompañando a JIMENA**

Elvira, sólo contigo  
quiero descansar un poco.  
Mi mal toco

**Siéntase en una almohada**

con toda el alma; Rodrigo  
mató a mi padre.

RODRIGO: (¡Estoy loco!) **Aparte**

JIMENA: ¿Qué sentiré, si es verdad...?

ELVIRA: Di, descansa.

JIMENA: ¡Ay, afligida!

¡Que la mitad de mi vida  
ha muerto la otra mitad!

ELVIRA: ¿No es posible consolarte?

JIMENA: ¿Qué consuelo he de tomar,  
si al vengar  
de mi vida la una parte,  
sin las dos he de quedar?

ELVIRA: ¿Siempre quieres a Rodrigo?  
Que mató a tu padre mira.

JIMENA: Sí, y aun preso, ¡ay Elvira!,  
es mi adorado enemigo.

ELVIRA: ¿Piensas perseguille?

JIMENA: Sí,  
que es de mi padre el decoro;  
y así lloro  
el buscar lo que perdí,  
persiguiendo lo que adoro.

ELVIRA: Pues, ¿cómo harás--no lo entiendo--  
estimando el matador  
y el muerto?

JIMENA: Tengo valor,  
y habré de matar muriendo.  
Seguiréle hasta vengarme.

**Sale RODRIGO y arrodillase delante de JIMENA**

RODRIGO: Mejor es que mi amor firme,  
con rendirme,  
te dé el gusto de matarme  
sin la pena del seguirme.

JIMENA: ¿Qué has emprendido? ¿Qué has hecho?  
¿Eres sombra? ¿Eres visión?

RODRIGO: ¡Pasa el mismo corazón  
que pienso que está en tu pecho!

JIMENA: ¡Jesús! ¡Rodrigo! ¡Rodrigo  
en mi casa!

RODRIGO: Escucha...

JIMENA: ¡Muero!

RODRIGO: Sólo quiero  
que en oyendo lo que digo  
respondas con este acero.

**Dale su daga**

Tu padre el conde, Lozano  
en el nombre y en el brío,  
puso en las canas del mío  
la atrevida injusta mano;  
y aunque me vi sin honor  
se mal logró mi esperanza  
en tal mudanza  
con tal fuerza, que tu amor  
puso en duda mi venganza.

Mas en tan gran desventura  
lucharon a mi despecho  
contrapuestos en mi pecho  
mi afrenta con tu hermosura;  
y tú, señora, vencieras  
a no haber imaginado  
que afrentado  
por infame aborrecieras

quien quisiste por honrado.

Con este buen pensamiento,  
tan hijo de tus hazañas,  
de tu padre en las entrañas  
entró mi estoque sangriento.  
Cobré mi perdido honor;  
mas luego a tu amor, rendido  
he venido  
porque no llames rigor  
lo que obligación ha sido  
donde disculpada veas  
con mi pena mi mudanza,  
y donde tomes venganza  
si es que venganza deseas.  
Toma, y porque a entrambos cuadre  
un valor y un albedrío,  
haz con brío  
la venganza de tu padre  
como hice la del mío.

JIMENA:

Rodrigo, Rodrigo, ¡ay triste!,  
yo confieso, aunque la sienta,  
que en dar venganza a tu afrenta  
como caballero hiciste.  
No te doy la culpa a ti  
de que desdichada soy;  
y tal estoy  
que habré de emplear en mí  
la muerte que no te doy.

Sólo te culpo, agraviada,  
el ver que a mis ojos vienes  
a tiempo que aún fresca tienes  
mi sangre en mano y espada.  
Pero no a mi amor, rendido,  
sino a ofenderme has llegado,  
confiado  
de no ser aborrecido  
por lo que fuiste adorado.

Mas, ¡vete, vete Rodrigo!  
Disculpará mi decoro  
con quien piensa que te adoro,



el saber que te persigo.  
Justo fuera sin oírte  
que la muerte hiciera darte;  
mas soy parte  
para sólo perseguirte,  
¡pero no para matarte!  
¡Vete! Y mira a la salida  
no te vean, si es razón  
no quitarme la opinión  
quien me ha quitado la vida.

RODRIGO: Logra mi justa esperanza.  
¡Mátame!

JIMENA: ¡Déjame!

RODRIGO: ¡Espera!

¡Considera  
que el dejarme es la venganza  
que el matarme no lo fuera!

JIMENA: Y aun por eso quiero hacella.

RODRIGO: ¡Loco estoy! Estás terrible...  
¿Me aborreces?

JIMENA: No es posible,  
que predominas mi estrella.

RODRIGO: Pues tu rigor, ¿qué hacer quiere?

JIMENA: Por mi honor, aunque mujer,  
he de hacer  
contra tú cuando pudiera...  
deseando no poder.

RODRIGO: ¡Ay, Jimena! ¿Quién dijera...

JIMENA: ¡Ay, Rodrigo! ¿Quién pensara...

RODRIGO: ...que mi dicha se acabara?

JIMENA: ...y que mi bien feneciera?  
Mas, ¡ay Dios!, que estoy temblando  
de que han de verte saliendo...

RODRIGO: ¿Qué estoy viendo?

JIMENA: ¡Vete y déjame pensando!

RODRIGO: ¡Quédate, iréme muriendo!

***Vanse los tres. Sale DIEGO Laínez,  
solo***

DIEGO:               No la ovejuela su pastor perdido,  
ni el león que sus hijos le has quitado,  
baló quejosa, ni bramó ofendido,  
                  como yo por Rodrigo... ¡Ay hijo amado!  
Voy abrazando sombras descompuesto  
entre la oscura noche que ha cerrado...  
                  Dile la seña y señaléle el puesto  
donde acudiese en sucediendo el caso.  
¿Si me habrá sido inobediente en esto?  
                  ¡Pero no puede ser! ¡Mil penas paso!  
Algún inconveniente le habrá hecho,  
mudando la opinión, torcer el paso...  
                  ¡Qué helada sangre me revienta el pecho!  
¿Si es muerto, herido o preso? ¡Ay cielo  
santo!  
                  ¡Y cuántas cosas de pesar sospecho!  
                  ¿Qué siento? ¿Es él? Mas no merezco  
tanto;  
                  será que corresponden a mis males  
los ecos de mi voz y de mi llanto.  
                  Pero, entre aquellos secos pedregales  
vuelvo a oír el galope de un caballo.  
De él se apea Rodrigo. ¿Hay dichas tales?

***Sale RODRIGO***

                  ¿Hijo?  
RODRIGO:               ¿Padre?  
DIEGO:                ¿Es posible que me hallo  
entre tus brazos? Hijo, aliento tomo  
para en tu alabanzas empleallo.  
                  ¿Cómo tardastes tanto? Pies de plomo  
te puso mi deseo, y pues viniste,  
no he de cansarte preguntando el cómo.  
                  ¡Bravamente probaste! ¡Bien lo hiciste!  
¡Bien mis pasados bríos imitaste!  
¡Bien me pagaste el ser que me debiste!  
                  Toca las blancas canas que me honraste,

llega la tierna boca a la mejilla  
donde la mancha de mi honor quitaste.

Soberbia el alma a tu valor se humilla,  
como conservador de la nobleza  
que han honrado tantos reyes en Castilla.

RODRIGO:

Dame la mano, y alza la cabeza,  
a quien, como la causa, se atribuya  
si hay en mí algún valor y fortaleza.

DIEGO:

Con más razón besara yo la tuya,  
pues si yo te di el ser naturalmente,  
tú me le has vuelto a pura fuerza suya.

Mas será no acabar eternamente  
si no doy a esta plática desvíos.

Hijo, ya tengo prevenida gente;  
con quinientos hidalgos, deudos míos,  
que cada cual tu gusto solicita.  
Sal en campaña a ejercitar tus bríos.

Ve, pues la causa y la razón te incita,  
donde está esperando en sus caballos,  
que el menos bueno a los del sol imita.

Buena ocasión tendrás para empleallos,  
pues moros fronterizos arrogantes,  
al rey le quitan tierras y vasallos;  
que ayer, con melancólicos semblantes,  
el Consejo de Guerra, y el de Estado,  
lo supo por espías vigilantes.

Las fértiles campañas han talado  
de Burgos; y pasando Montes de Oca,  
de Nájera, Logroño y Vilforado,  
con suerte mucha, y con vergüenza poca,  
se llevan tanta gente aprisionada,  
que ofende al gusto, y el valor provoca.

Sal les al paso, emprende esta jornada,  
y dando brío al corazón valiente,  
pruebe la lanza quien probó la espada,  
y el rey, sus grandes, la plebeya gente,  
no dirán que la mano te ha servido  
para vengar agravios solamente.

Sirve en la guerra al rey; que siempre ha  
sido



Salió de la corte huyendo  
de entre la confusa grita,  
donde unos toman venganza,  
cuando otros piden justicia...  
¿Qué se habrá hecho Rodrigo?  
Que con mi presta venida  
no he podido saber de él  
si está en salvo, o si peligra.  
No sé qué tengo, que el alma  
con cierta melancolía  
me desvela en su cuidado...  
Mas ¡ay!, estoy divertida.  
Una tropa de caballos  
dan polvo al viento que imitan,  
todos a punto de guerra...  
¡Jesús, y qué hermosa vista!  
Saber la ocasión deseo,  
la curiosidad me incita...  
¡Ah, caballeros! ¡Ah, hidalgos!  
Ya se paran y ya miran.  
¡Ah, capitán, el que lleva  
banda y plumas amarillas!  
Ya de los otros se aparta,  
la lanza a un árbol arrima.  
Ya se apea del caballo,  
ya de su lealtad confía,  
ya el cimientto de esta torre,  
que es todo de peña viva,  
trepas con ligeros pies,  
ya los miradores mira.  
Aún no me ha visto. ¿Qué veo?  
Ya le conozco. ¿Hay tal dicha?

***Sale RODRIGO***

RODRIGO: La voz de la infanta era...  
Ya casi las tres esquinas  
de la torre he rodeado.

URRACA: ¿Ah, Rodrigo?

RODRIGO: Otra vez grita...  
Por respetar a la reina,  
no respondo, y ella misma  
me hizo dejar el caballo.  
Mas... ¡Jesús! ¡Señora mía!  
URRACA: ¡Dios te guarde! ¿Dónde vas?  
RODRIGO: Donde mis hados me guían,  
dichosos, pues me guiaron  
a merecer esta dicha.  
URRACA: ¿Ésta es dicha? No, Rodrigo;  
la que pierdes lo sería.  
Bien me lo dice por señas  
la sobrevista amarilla.  
RODRIGO: Quien con esperanzas vive,  
desesperado camina.  
URRACA: Luego, no la has perdido.  
RODRIGO: A tu servicio me animan.  
URRACA: ¿Saliste de la ocasión  
sin peligro, y sin heridas?  
RODRIGO: Siendo tú mi defensora  
advierde cómo saldría.  
URRACA: ¿Dónde vas?  
RODRIGO: A vencer moros,  
y así la gracia perdida  
cobrar de tu padre el rey.  
URRACA: ¡Qué notable gallardía!  
¿Quién te acompaña?  
RODRIGO: Esta gente  
me ofrece quinientas vidas,  
en cuyos hidalgos pechos  
hierva también sangre mía.  
URRACA: Galán vienes, bravo vas,  
mucho vales, mucho obligas;  
bien me parece, Rodrigo,  
tu gala y tu valentía.  
RODRIGO: Estimo con toda el alma  
merced que fuera divina,  
mas mi humildad en tu alteza  
mis esperanzas marchita.  
URRACA: No es imposible, Rodrigo,

el igualarse las dichas  
en desiguales estados,  
si es la nobleza una misma.  
¡Dios te vuelva vencedor,  
que después...

RODRIGO: ¡Mil años vivas!

URRACA: (¿Qué he dicho?)

**Aparte**

RODRIGO: Tu bendición  
mis victorias facilita.

URRACA: ¿Mi bendición? ¡Ay Rodrigo,  
si las bendiciones mías  
te alcanzan, serás dichoso!

RODRIGO: Con no más de recibillas  
lo seré, divina infanta.

URRACA: Mi voluntad es divina.  
Dios te guíe, Dios te guarde,  
como te esfuerza y te anima,  
y en número tus victorias  
con las estrellas compitan.  
Por la redondez del mundo,  
después de ser infinitas  
con las plumas de la fama  
y el mismo sol las escriba.  
Y ve agora confiado  
que te valdré con la vida.  
Fía de mí estas promesas  
quien plumas al viento fía.

RODRIGO: La tierra que ves adoro,  
pues no puedo la que pisas;  
y la eternidad del tiempo  
alargue a siglos tus días.  
Oiga el mundo tu alabanza  
en las bocas de la envidia,  
y más que merecimientos  
te dé la Fortuna dichas.  
Y yo me parto en tu nombre,  
por quien venzo mis desdichas,  
a vencer tantas batallas  
como tú me pronosticas.

URRACA: ¡De este cuidado te acuerda!

RODRIGO: Lo divino no se olvida.  
URRACA: ¡Dios te guíe!  
RODRIGO: ¡Dios te guarde!  
URRACA: Ve animoso.  
RODRIGO: Tú me animas.  
¡Toda la tierra te alabe!  
URRACA: ¡Todo el cielo te bendiga!

***Vanse. Gritan de adentro los MOROS, y sale huyendo  
un PASTOR***

MOROS: ¡Li, li, li, li!...  
PASTOR: ¡Jesús mío,  
qué de miedo me acompaña!  
Moros cubren la campaña...  
Mas de sus fieros me río,  
de su lanza y de su espada,  
como suba y me remonte  
en la cumbre de aquel monte  
todo de peña tajada.

***Sale un REY MORO y cuatro MOROS con él, y el  
PASTOR éntrase huyendo***

REY MORO: Atad bien esos cristianos.  
Con más concierto que priesa  
id marchando.  
MORO 1: ¡Brava presa!  
REY MORO: Es hazaña de mis manos.  
Con asombro y maravilla,  
pues en su valor me fundo,  
sepa mi poder el mundo,  
pierda su opinión Castilla.  
¿Para qué te llaman magno,  
rey Fernando, en paz y en guerra,  
pues yo destruyo tu tierra  
sin oponerte a mi mano?  
Al que grande te llamó,



ivive el cielo, que le coma,  
porque, después de Mahoma,  
ninguno mayor que yo!

***Sale el PASTOR sobre la peña***

PASTOR: Si es mayor el que es más alto,  
yo lo soy entre estos cerros.  
¿Qué apostaremos--¡ay, perros!--  
que no me alcanzáis de un salto?

MORO 2: ¿Qué te alcanza una saeta?

PASTOR: Si no me escondo, sí hará.  
¡Morillos, volvé, esperá,  
que el cristiano os acometa!

MORO 3: Oye, señor ¡por Mahoma!,  
que cristianos...

REY MORO: ¿Qué os espanta?

MORO 4: ¡Allí polvo se levanta!

MORO 1: ¡Y allí un estandarte asoma!

MORO 2: Caballos deben de ser.

REY MORO: Logren, pues, mis esperanzas.

MORO 3: Ya se parecen las lanzas.

REY MORO: ¡Ea, morir o vencer!

***Toque dentro una trompeta***

MORO 2: Ya la bastarda trompeta  
toca al arma.

***Dicen dentro a voces***

VOZ: ¡Santiago!

REY MORO: ¡Mahoma! Haced lo que hago.

***Otra voz dentro***

VOZ:                    ¡Cierra España!  
REY MORO:                    ¡Oh, gran profeta!

***Vanse y suena la trompeta y cajas de guerra, y  
ruido de golpes dentro***

PASTOR:                    ¡Bueno! Mire lo que va  
de Santiago a Mahoma...  
¡Qué bravo herir! Puto, toma  
para peras. ¡Bueno va!  
    ¡Voto a San! Braveza es  
lo que hacen los cristianos;  
ellos matan con las manos,  
sus caballos con los pies.  
    ¡Qué lanzadas! ¡Pardiez, toros  
menos bravos que ellos son!  
¡Así calo yo un melón  
como despachurran moros!  
    El que como cresta el gallo  
trae un penacho amarillo,  
¡oh lo que hace! Por decillo  
al cura, quiero mirallo.  
    ¡Pardiós! No tantas hormigas  
mato yo en una patada  
ni siego en una manada  
tantos manojos de espigas,  
    como él derriba cabezas...  
¡Oh, hideputa! Es de modo  
que va salpicado todo  
de sangre moro... ¡Bravezas  
hace! ¡Voto al soto! Ya  
huyen los moros. ¡Ah, galgos!  
¡Ea, cristianos hidalgos,  
seguildos! ¡Matá, matá!  
    Entre las peñas se meten  
donde no sirven caballos...  
Ya se apean... alcanzallos  
quieren... de nuevo acometen...



**AL MAESTRO**

DIEGO: Vete, que enfadas  
al príncipe.

**Éntrase el MAESTRO**

PRÍNCIPE: ¿Cuál ha sido?  
Al batallar, el rüido  
que hicieron las dos espadas,  
y a mí el rostro señalado.

DIEGO: ¿Hate dado?

PRÍNCIPE: No. El pensar  
que a querer me pudo dar,  
me ha corrido, y me ha enojado.  
Y a no escaparse el maestro,  
yo le enseñara a saber...  
No quiero más aprender.

DIEGO: Bastantemente eres diestro.

PRÍNCIPE: Cuando tan diestro no fuera,  
tampoco importara nada.

DIEGO: ¿Cómo?

PRÍNCIPE: Espada contra espada,  
nunca por eso temiera.

Otro miedo el pensamiento  
me aflige y me atemoriza;  
con una arma arrojadiza  
señala en mi nacimiento  
que han de matarme, y será  
cosa muy propincua mía  
la causa.

DIEGO: ¿Y melancolía  
te da eso?

PRÍNCIPE: Sí, me da.

Y haciendo discursos vanos,  
pues mi padre no ha de ser,  
vengo a pensar y a temer  
que lo serán mis hermanos.



*Laínez]*

(¡Ay, cielo divino!  
Mira si tengo razón.  
DIEGO: Ya he caído en tu pesar.)  
URRACA: ¿Qué te ha podido turbar  
el gusto?  
PRÍNCIPE: Cierta ocasión  
que me da pena.  
DIEGO: Señora,  
una necia astrología  
le causa melancolía  
y tú la creciste agora.  
URRACA: Quien viene a dalle contento,  
¿Cómo su disgusto aumenta?  
DIEGO: Dice que a muerte violenta  
le inclina su nacimiento.  
PRÍNCIPE: ¡Y con arma arrojada  
herido en el corazón!  
DIEGO: Y como en esta ocasión  
la vio en tu mano...  
URRACA: ¡Ay, cuitada!  
PRÍNCIPE: Alteróme de manera  
que me ha salido a la cara.  
URRACA: Si disgustarse pensara  
con ella no la trujera.  
Mas tú, ¿crédito has de dar  
a lo que abominan todos?  
PRÍNCIPE: Con todo, buscaré modos  
como poderme guardar.  
Mandaré hacer una plancha,  
y con ella cubriré  
el corazón, sin que esté  
más estrecha ni más ancha.  
URRACA: Guarda con más prevención  
el corazón. Mira bien  
que por la espalda también  
hay camino al corazón.  
PRÍNCIPE: ¿Qué me has dicho? ¿Qué imagino?

¡Que tú de tirar te alabes  
un venablo, y de que sabes  
del corazón el camino  
por las espaldas! ¡Traidora!  
¡Temo que causa has de ser  
tú de mi muerte! ¡Mujer,  
estoy por matarte agora,  
y asegurar mis enojos!  
¿Qué haces, príncipe?

DIEGO:

PRÍNCIPE:

¿Qué siento?

¡Ese venablo sangriento  
revienta sangre en mis ojos!

URRACA:

Hermano, el rigor reporta  
de quien justamente huyo.  
¿No es mi padre como tuyo  
el rey, mi señor?

PRÍNCIPE:

¿Qué importa?

Que eres de mi padre hija,  
pero no de mi fortuna.  
Nací heredando.

URRACA:

Importuna

es tu arrogancia, y prolija.

DIEGO:

El rey viene.

PRÍNCIPE:

(¡Qué despecho!)

**Aparte**

URRACA:

(¡Qué hermano tan enemigo!)

**Aparte**

***Salen el REY don Fernando y el REY MORO que  
envía RODRIGO, y otros que le acompañan***

REY:

Diego, tu hijo Rodrigo  
un gran servicio me ha hecho;  
y en mi palabra fiado,  
licencia le he concedido  
para verme.

DIEGO:

¿Y ha venido?

REY:

Sospecho que habrá llegado;  
y en prueba de su valor...

DIEGO:

¡Grande fue la dicha mía!

REY:

...hoy a mi presencia envía

un rey por su embajador.

***Siéntase el REY***

Volvió por mí y por mis greyes;  
muy obligado me hallo.  
REY MORO: Tienes, señor, un vasallo  
de quien lo son cuatro reyes.  
En escuadrones formados,  
tendidas nuestras banderas,  
corríamos tus fronteras,  
vencíamos tus soldados,  
talábamos tus campañas,  
cautivábamos tus gentes,  
sujetando hasta las fuentes  
de las soberbias montañas;  
cuando gallardo y ligero  
el gran Rodrigo llegó,  
peleó, rompió, mató,  
y vencióme a mí el primero.  
Viniéronme a socorrer  
tres reyes, y su venir  
tan sólo pudo servir  
de dalle más que vencer,  
pues su esfuerzo varonil  
los nuestros dejando atrás;  
quinientos hombres no más  
nos vencieron a seis mil.  
Quitónos el español  
nuestra opinión en un día,  
y una presa que valía  
más oro que engendra el sol.  
Y en su mano vencedora  
nuestra divisa otomana,  
sin venir lanza cristiana  
sin una cabeza mora,  
viene con todo triunfando  
entre aplausos excesivos,  
atropellando cautivos



y banderas arrastrando,  
asegurando esperanzas,  
obligando corazones,  
recibiendo bendiciones  
y despreciando alabanzas.

Ya llega a tu presencia.

URRACA:

(¡Venturosa suerte mía!)

**Aparte**

DIEGO:

Para llorar de alegría  
te pido, señor, licencia,  
y para abrazalle, ¡ay Dios!,  
antes que llegue a tus pies.

***Sale RODRIGO y abrázanse***

¡Estoy loco!

RODRIGO:

Causa es  
que nos disculpa a los dos.

***Arrodíllase delante del REY***

Pero ya esperando estoy  
tu mano, y tus pies, y todo.  
¡Levanta, famoso godo,  
levanta!

REY:

RODRIGO:

¡Tu hechura soy!

***A don Sancho, [el PRÍNCIPE]***

¡Mi príncipe!

PRÍNCIPE:

¡Mi Rodrigo!

***A doña URRACA***

RODRIGO:

Por tus bendiciones llevo  
estas palmas.

URRACA:

Ya de nuevo,

pues te alcanzan, te bendigo.  
REY MORO: ¡Gran Rodrigo!  
RODRIGO: ¡Oh, Almanzor!  
REY MORO: ¡Dame la mano, el mío Cide!  
RODRIGO: A nadie mano se pide  
donde está el rey, mi señor.  
A él le presta la obediencia.  
REY MORO: Ya me sujeto a sus leyes  
en nombre de otros tres reyes  
y el mío. (¡Oh, Alá, paciencia!) **Aparte**  
PRÍNCIPE: El "mío Cid" le ha llamado.  
REY MORO: En mi lengua es "mi señor,"  
pues ha de serlo el honor  
merecido y alcanzado.  
REY: Ese nombre le está bien.  
REY MORO: Entre moros le ha tenido.  
REY: Pues allá le ha merecido,  
en mis tierras se le den.  
Llamalle "el Cid" es razón,  
y añadirá, porque asombre,  
a su apellido este nombre,  
y a su fama este blasón.

***Sale JIMENA Gómez, enlutada, con cuatro  
ESCUDEROS, también enlutados, con sus lobas***

ESCUDERO 1: Sentado está el señor rey  
en su silla de respaldo.  
JIMENA: Para arrojarme a sus pies,  
¿Qué importa que esté sentado?  
Si es "magno," si es "justiciero,"  
premie al bueno y pena al malo;  
que castigos y mercedes  
hacen seguros vasallos.  
DIEGO: Arrastrando luengos lutos,  
entraron de cuatro en cuatro  
escuderos de Jimena,  
hija del conde Lozano.  
Todos atentos la miran,

JIMENA:

suspenso quedó palacio,  
y para decir sus quejas  
se arrodilla en los estrados.  
Señor, hoy hace tres meses  
que murió mi padre a manos  
de un rapaz, a quien las tuyas  
para matador criaron.  
Don Rodrigo de Vivar,  
soberbio, orgulloso y bravo,  
profanó tus leyes justas,  
y tú le amparas ufano.  
Son tus ojos sus espías,  
tu retrete su sagrado,  
tu favor sus alas libres,  
y su libertad mis daños.  
Si de Dios los reyes justos  
la semejanza y el cargo  
representan en la tierra  
con los humildes humanos,  
no debiera de ser rey  
bien temido, y bien amado,  
quien desmaya la justicia  
y esfuerza los desacatos.  
A tu justicia, señor,  
que es árbol de nuestro amparo,  
no se arrimen malhechores  
indignos de ver sus ramos.  
Mal lo miras, mal lo sientes,  
y perdona si mal hablo;  
que en boca de una mujer  
tiene licencia un agravio.  
¿Qué dirá, qué dirá el mundo  
de tu valor, gran Fernando,  
si al ofendido castigas,  
y si premias al culpado?  
Rey, rey justo, en tu presencia,  
advierte bien cómo estamos:  
él ofensor, yo ofendida,  
yo gimiendo, y él triunfando;  
él arrastrando banderas,

y yo lutos arrastrando;  
él levantando trofeos,  
y yo padeciendo agravios;  
él soberbio, yo encogida,  
yo agraviada y él honrado,  
yo afligida, y él contento,  
él riendo, y yo llorando.

RODRIGO: (¡Sangre os dieran mis entrañas  
para llorar, ojos claros!) **Aparte**

JIMENA: (¡Ay, Rodrigo! ¡Ay, honra!  
¿Adónde os lleva el cuidado?) **Aparte**

REY: No haya más, Jimena. ¡Baste!  
Levantaos, no lloréis tanto,  
que ablandarán vuestras quejas  
entrañas de acero y mármol;  
que podrá ser que algún día  
troquéis en placer el llanto,  
y si he guardado a Rodrigo,  
quizá para vos le guardo.  
Pero por haceros gusto  
vuelva a salir desterrado,  
y huyendo de mi rigor  
ejercite el de sus brazos,  
y no asista en la ciudad  
quien tan bien prueba en el campo.  
Pero si me dais licencia,  
Jimena, sin enojaros,  
en premio de estas victorias  
ha de llevarse este abrazo.

***Abrázale***

RODRIGO: Honra, valor, fuerza y vida,  
todo es tuyo, gran Fernando,  
pus siempre de la cabeza  
baja el vigor a la mano.  
Y así, te ofrezco a los pies  
esas banderas que arrastro,  
esos moros que cautivo

y esos haberes que gano.  
REY: Dios te me guarde, el mío Cid.  
RODRIGO: Beso tus heroicas manos.  
(Y a Jimena dejo el alma.) **Aparte**  
JIMENA: (¡Que la opinión pueda tanto **Aparte**  
que persigo los que adoro!)  
URRACA: (Tiernamente se han mirado; **Aparte**  
no le ha cubierto hasta el alma  
a Jimena el luto largo,  
¡ay cielo!, pues no han salido  
por sus ojos sus agravios.)  
PRÍNCIPE: Vamos, Diego, con Rodrigo,  
que yo quiero acompañarlo,  
y verme entre sus trofeos.  
DIEGO: Es honrarme, y es honrallo.  
¡Ay, hijo del alma mía!  
JIMENA: (¡Ay, enemigo adorado!) **Aparte**  
RODRIGO: (¡Oh, amor, en tu sol me hielo!) **Aparte**  
URRACA: (¡Oh, amor, en celos me abraso!) **Aparte**

## FIN DEL ACTO SEGUNDO

## ACTO TERCERO

*Salen ARIAS Gonzalo y la infanta doña  
URRACA*

ARIAS: Mas de lo justo adelantas,  
señora, tu sentimiento.  
URRACA: Con mil ocasiones siento  
y lloro con otras tantas.  
Arias Gonzalo, por padre  
te he tenido.





¿Qué os aflige? ¿Qué tenéis?  
¿Habéis llorado? ¿Lloráis?  
¿Triste estáis?

URRACA: No lo estuviera,  
si tú, que me diste el ser,  
eterno hubieras de ser  
o mi hermano amable fuera.

Pero mi madre perdida,  
y tú cerca de perderte,  
dudosa queda mi suerte,  
de su rigor ofendida.

Es el príncipe un león  
para mí.

REY: Infanta, callad;  
la falta en la eternidad  
supliré en la prevención.  
Y pues tengo, gloria a Dios,  
más reinos y más estados  
adquiridos que heredados,  
alguno habrá para vos.

Y alegraos, que aún vivo estoy,  
y si no...

URRACA: ¡Dame la mano!

REY: ... es don Sancho buen hermano,  
yo padre, y buen padre, soy.  
Id con Dios.

URRACA: ¡Guárdete el cielo!

REY: Tened de mí confianza.

URRACA: Ya tu bendición me alcanza.

REY: Ya me alcanza tu consuelo.

***Vase [doña URRACA]. Sale un CRIADO y  
entrega al REY una carta. El REY la lee y después  
dice***

REY: Resuelto está él de Aragón,  
pero ha de ver algún día  
que es Calahorra tan mía  
como Castilla y León;



que pues letras y letrados  
tan varios en esto están,  
mejor lo averiguarán  
con las armas los soldados.

Remitir quiero a la espada  
esta justicia que sigo,  
y al mío Cid, al mi Rodrigo,  
encargalle esta jornada.

En mi palabra fiado  
lo he llamado.

ARIAS: ¿Y ha venido?

DIEGO: Si tu carta ha recibido  
con tus alas ha volado.

**Sale otro CRIADO**

CRIADO: Jimena pide licencia  
para besarte la mano.

REY: Tiene del conde Lozano  
la arrogancia y la impaciencia.

Siempre la tengo a mis pies  
descompuesta y querellosa.

DIEGO: Es honrada y es hermosa.

REY: Importuna también es.

A disgusto me provoca  
el ver entre sus enojos,  
lágrimas siempre en sus ojos,  
justicia siempre en su boca.

Nunca imaginara tal;  
siempre sus querellas sigo.

ARIAS: Pues yo sé que ella y Rodrigo,  
señor, no se quieren mal.

Pero así de la malicia  
defenderá la opinión,  
o quizá satisfacción  
pide, pidiendo justicia;  
y el tratar el casamiento  
de Rodrigo con Jimena  
será alivio de su pena.

REY: Yo estuve en tu pensamiento,  
pero no lo osé intentar  
por no crecer su disgusto.  
DIEGO: Merced fuera, y fuera justo.  
REY: ¿Quiérense bien?  
ARIAS: No hay dudar.  
REY: ¿Tú lo sabes?  
ARIAS: Lo sospecho.  
REY: Para intentallo, ¿qué haré?  
¿De qué manera podré  
averiguallo en su pecho?  
ARIAS: Dejándome el cargo a mí,  
haré una prueba bastante.  
REY: Dile que entre.  
ARIAS: Este diamante  
he de probar.

**AL CRIADO**

Oye.  
CRIADO: Di.

***El primer CRIADO habla al oído con ARIAS  
Gonzalo, y el otro sale a avisar a JIMENA***

REY: En el alma gustaría  
de gozar tan buen vasallo  
libremente.  
DIEGO: Imaginallo  
hace inmensa mi alegría.

***Sale JIMENA Gómez***

JIMENA: Cada día que amanece,  
veo quien mató a mi padre,  
caballero en un caballo,  
y en su mano un gavilán.

A mi casa de placer  
donde alivio mi pesar,  
curioso, libre y ligero,  
mira escucha, viene y va,  
y por hacerme despecho  
dispara a mi palomar  
flechas, que a los vientos tira,  
y en el corazón me dan;  
mátame mis palomicas  
criadas, y por criar;  
la sangre que sale de ellas  
me ha salpicado el brüal.  
Enviéselo a decir,  
envióme a amenazar  
con que ha de dejar sin vida  
cuerpo que sin alma está.  
Rey que no hace justicia  
no debería de reinar,  
ni pasear en caballo  
ni con la reina folgar.  
¡Justicia, buen rey, justicia!

REY:

DIEGO:

¡Baste, Jimena, no más!  
Perdonad, gentil señora,  
y vos, buen rey, perdonad,  
que lo que agora dijiste  
sospecho que lo soñáis;  
pensando vuestras venganzas,  
si os desvanece el llorar,  
lo habréis soñado esta noche,  
y se os figura verdad;  
que Rodrigo ha muchos días,  
señora, que ausente está,  
porque es ido en romería  
a Santiago. Ved, mirad  
cómo es posible ofenderos  
en eso que le culpáis.

JIMENA:

Antes que se fuese ha sido.  
(¡Si podré disimular!)  
Ya en mi ofensa, que estoy loca  
sólo falta que digáis.

**Aparte**

**Dentro un CRIADO y el PORTERO**

PORTERO: ¿Qué queréis?  
CRIADO: Hablar al rey,  
¡Dejadme, dejadme entrar!

**Sale el primer CRIADO**

REY: ¿Quién mi palacio alborota?  
ARIAS: ¿Qué tenéis? ¿Adónde vais?  
CRIADO: Nuevas te traigo, el buen rey,  
de desdicha, y de pesar;  
el mejor de tus vasallos  
perdiste, en el cielo está.  
El santo patrón de España  
venía de visitar,  
y saliéronle al camino  
quinientos moros, y aun más.  
Y él, con veinte de los suyos,  
que acompañándole van,  
los acomete, enseñando  
a no volver paso atrás.  
Catorce heridas le han dado  
que la menor fue mortal.  
Ya es muerto el Cid, ya Jimena  
no tiene que se cansar,  
rey, en pedirte justicia.

DIEGO: ¡Ay, mi hijo! ¿Dónde estáis?  
(Que estas nuevas, aun oídas  
burlando, me hacen llorar.)

JIMENA: ¿Muerto es Rodrigo? ¿Rodrigo  
es muerto? ¡No puedo más!  
¡Jesús mil veces!

REY: Jimena,  
¿qué tenéis, que os desmayáis?

JIMENA: Tengo...un lazo en la garganta,  
y en el alma muchos hay!

**Aparte**

REY: Vivo es Rodrigo, señora,  
que yo he querido probar  
si es que dice vuestra boca  
lo que en vuestro pecho está.  
Ya os he visto el corazón;  
reportalde, sosegad.

JIMENA: (Si estoy turbada y corrida  
mal me puedo sosegar...  
Volveré por mi opinión...  
Ya sé el cómo. ¡Estoy mortal!  
¡Ay, honor, cuánto me cuestas!)  
Si por agraviarme más  
te burlas de mi esperanza  
y pruebas mi libertad;  
si miras que soy mujer  
verás que lo aciertas mal;  
y si no ignoras, señor,  
que con gusto, o con piedad,  
tanto atribula un placer  
como congoja un pesar,  
verás que con nuevas tales  
me pudo el pecho asaltar  
el placer, no la congoja.  
Y en prueba de esta verdad,  
hagan públicos pregones  
desde la mayor ciudad  
hasta en la menor aldea,  
en los campos y en la mar,  
y en mi nombre, dando el tuyo  
bastante seguridad,  
que quien me dé la cabeza  
de Rodrigo de Vivar,  
le daré, con cuanta hacienda  
tiene la casa de Orgaz,  
mi persona, si la suya  
me igualare en calidad.  
Y si no es su sangre hidalga  
de conocido solar,  
lleve, con mi gracia entera,  
de mi hacienda la mitad.

**Aparte**

Y si esto no hace, rey,  
propios y extraños dirán  
que, tras quitarme el honor,  
no hay en ti, para reinar,  
ni prudencia, ni razón,  
ni justicia, ni piedad.

REY: ¡Fuerte cosa habéis pedido!  
No más llanto; bueno está.

DIEGO: Y yo también, yo, señor,  
suplico a tu majestad  
que por dar gusto a Jimena,  
en un pregón general  
asegures lo que ofrece  
con tu palabra real;  
que a mí no me da cuidado;  
que en Rodrigo de Vivar  
muy alta está la cabeza,  
y el que alcanzalla querrá  
más que gigante ha de ser,  
y en el mundo pocos hay.

REY: Pues las partes se conforman,  
¡vea, Jimena, ordenad  
a vuestro gusto el pregón!

JIMENA: Los pies te quiero besar.

ARIAS: (¡Grande valor de mujer!) **Aparte**

DIEGO: (No tiene el mundo su igual.) **Aparte**

JIMENA: (La vida te doy; perdona,  
honor, si te debo más.) **Aparte**

***Vanse. Salen el Cid RODRIGO, y dos SOLDADOS suyos,  
y el PASTOR en hábito de lacayo; y [luego sale un] GAFO  
dic[iendo el primer parlamento] de dentro, [y después de  
salir] sacando las manos y lo demás del cuerpo muy llagado  
y asqueroso***

GAFO: ¿No hay un cristiano que acuda  
a mi gran necesidad?

RODRIGO: Esos caballos atad...  
¿Fueron voces?

SOLDADO 1: Son, sin duda.  
RODRIGO: ¿Qué puede ser? El cuidado  
hace la piedad mayor.  
¿Oyes algo?  
SOLDADO 2: No, señor.  
RODRIGO: Pues nos hemos apeado,  
escuchad...  
PASTOR: No escucho cosa.  
SOLDADO 1: Yo tampoco.  
SOLDADO 2: Yo tampoco.  
RODRIGO: Tendamos la vista un poco  
por esta campaña hermosa,  
que aquí esperaremos bien  
los demás; propio lugar  
para poder descansar.  
PASTOR: Y para comer también.  
SOLDADO 1: ¿Traes algo en el arzón?  
SOLDADO 2: Una pierna de carnero.  
SOLDADO 1: Y yo una bota...  
PASTOR: Esa quiero.  
SOLDADO 1: ...y casi entero un jamón.  
RODRIGO: Apenas salido el sol,  
después de haber almorzado,  
¿queréis comer?  
PASTOR: Un bocado.  
RODRIGO: A nuestro santo español  
primero gracias le hagamos,  
y después podréis comer.  
PASTOR: Las gracias suélense hacer  
después de comer. ¡Comamos!  
RODRIGO: Da a Dios el primer cuidado,  
que aún no tarda la comida.  
PASTOR: ¡Hombre no he visto en mi vida  
tan devoto y tan soldado!  
RODRIGO: ¿Y es estorbo el ser devoto  
al ser soldado?  
PASTOR: Sí, es.  
¿A qué soldado no ves  
desalmado o boquirroto?  
RODRIGO: Muchos hay; y ten en poco

siempre a cualquiera soldado  
hablador y desalmado,  
porque es gallina o es loco.

Y los que en su devoción  
a sus tiempos concertada  
le dan filos a la espada,  
mejores soldados son.

PASTOR: Con todo, en esta jornada,  
da risa tu devoción  
con dorada guarnición,  
y con espuela dorada,  
con plumas en el sombrero,  
a caballo, y en la mano  
un rosario.

RODRIGO: El ser cristiano  
no impide al ser caballero.

Para general consuelo  
de todos, la mano diestra  
de Dios mil caminos muestra,  
y por todos se va al cielo.

Y así, el que fuere guiado  
por el mundo peregrino  
ha de buscar el camino  
que diga con el estado.

Para el bien que se promete  
de un alma limpia y sencilla,  
lleve el fraile su capilla,  
y el clérigo su bonete,  
y su capote doblado  
lleve el tosco labrador,  
que quizá acierta mejor  
por el surco de su arado.

Y el soldado y caballero,  
si lleva buena intención,  
con dorada guarnición,  
con plumas en el sombrero,  
a caballo, y con dorada  
espuela, galán divino,  
si no es que yerra el camino  
hará bien esta jornada;



porque al cielo caminando  
ya llorando, ya riendo,  
van los unos padeciendo,  
y los otros peleando.

GAFO:                   ¿No hay un cristiano, un amigo  
de Dios?

RODRIGO:               ¿Qué vuelvo a escuchar?

GAFO:                   ¡No con sólo pelear  
se gana el cielo, Rodrigo!

RODRIGO:              Llegad; de aquel tremedal  
salió la voz.

GAFO:                   ¡Un hermano  
en Cristo, déme la mano,  
saldré de aquí.

PASTOR:                ¡No haré tal!  
Que está gafa y asquerosa.

SOLDADO 1:            No me atrevo.

GAFO:                   ¡Oíd un poco,  
por Cristo!

SOLDADO 2:            Ni yo tampoco.

RODRIGO:              Yo sí, que es obra piadosa,

### ***Sácale de las manos***

GAFO:                   y aun te besaré la mano.  
Todo es menester, Rodrigo;  
matar allá al enemigo,  
y valer aquí al hermano.

RODRIGO:              Es para mí gran consuelo  
esta cristiana piedad.

GAFO:                   Las obras de caridad  
son escalones del cielo.

Y en un caballero son  
tan propias, y tan lucidas,  
que deben ser admitidas  
por precisa obligación.

Por ellas un caballero  
subirá de grada en grada,

cubierto en lanza y espada  
con oro el luciente acero;  
y con plumas, si es que acierta  
la ligereza del vuelo,  
no haya miedo que en el cielo  
halle cerrada la puerta.

¡Ah, buen Rodrigo!

RODRIGO: Buen hombre,  
¿qué Ángel...llega, tente, toca,  
...habla por tu enferma boca?  
¿Cómo me sabes el nombre?

GAFO: Oíte nombrar viniendo  
ahora por el camino.

RODRIGO: Algún misterio imagino  
en lo que te estoy oyendo.  
¿Qué desdicha en tal lugar  
te puso?

GAFO: ¡Dicha sería!  
Por el camino venía,  
desviéme a descansar,  
y como casi mortal  
torcí el paso, erré el sendero,  
por aquel derrumbadero  
caí en aquel tremedal,  
donde ha dos días cabales  
que no como.

RODRIGO: ¡Que extrañeza!  
Sabe Dios con qué terneza  
contemplo aflicciones tales.  
A mí, ¿qué me debe Dios  
más que a ti? Y porque es servido,  
lo que es suyo ha repartido  
desigualmente en los dos.  
Pues no tengo más virtud,  
tan de hueso y carne soy,  
y gracias al cielo, estoy  
con hacienda y con salud,  
con igualdad nos podía  
tratar; y así, es justo darte  
de los que quitó en tu parte

para añadir en la mía.  
Esas carnes laceradas

***Cúbrele con un gabán***

cubrid con ese gabán.  
¿Las acémilas vendrán  
tan presto?

PASTOR: Vienen pesadas.  
RODRIGO: Pues de eso podéis traer  
que a los arzones venía.  
PASTAR: Gana de comer tenía,  
mas ya no podré comer,  
porque esa lepra de modo  
me ha el estómago revuelto...  
SOLDADO 1: Yo también estoy resuelto  
de no comer.  
SOLDADO 2: Y yo, y todo.  
Un plato viene no más  
que por desdicha aquí está.  
RODRIGO: Ése solo bastará.  
SOLDADO 2: Tú, señor, comer podrás  
en el suelo.  
RODRIGO: No, que a Dios  
no le quiero ser ingrato.

***AL GAFO***

Llegad, comed, que en un plato  
hemos de comer los dos.

***Siéntanse los dos y comen***

SOLDADO 1: ¡Asco tengo!  
SOLDADO 2: Vomitar  
querría!  
PASTOR: ¿Vello podéis?

RODRIGO: Ya entiendo el mal que tenéis,  
allá os podéis apartar.  
Solos aquí nos dejad  
si es que el asco os alborota.  
PASTOR: ¡El dejaros con la bota  
me pesa, Dios es verdad!

***Vanse el PASTOR y los SOLDADOS***

GAFO: ¡Dios os lo pague!  
RODRIGO: Comed.  
GAFO: ¡Bastantemente he comido,  
gloria a Dios!  
RODRIGO: Bien poco ha sido.  
Bebed, hermano, bebed.  
Descansá.  
GAFO: El divino Dueño  
de todo, siempre pagó.  
RODRIGO: Dormid un poco, que yo  
quiero guardaros el sueño.  
Aquí estaré a vuestro lado.  
Pero... yo me duermo...¿hay tal?  
No parece natural  
este sueño que me ha dado.  
A Dios me encomiendo, y sigo  
en todo... su voluntad...

***Duérmete***

GAFO: ¡Oh, gran valor! ¡Gran bondad!  
¡Oh, gran Cid! ¡Oh gran Rodrigo!  
¡Oh, gran capitán cristiano!  
Dicha es tuya, y suerte es mía,  
pues todo el cielo te envía  
la bendición por mi mano,  
y el mismo Espíritu Santo  
este aliento por mi boca.



un capitán milagroso,  
un vencedor invencible;  
y tanto, que sólo a ti  
los humanos te han de ver  
después de muerto vencer.  
Y en prueba de que es así  
en sintiendo aquel vapor,  
aquel soberano aliento  
que por la espalda violento  
te pasa al pecho el calor,  
emprende cualquier hazaña,  
solicita cualquier gloria,  
pues te ofrece la victoria  
el santo patrón de España.  
Y ve, pues tan cerca estás,  
que tu rey te ha menester.

***Desparécese***

RODRIGO: Alas quisiera tener  
y seguirte donde vas.  
Mas, pues el cielo, volando,  
sus nubes te encierra,  
lo que pisaste en la tierra  
iré siguiendo y besando.

***Vase. Salen el REY don Fernando, DIEGO  
Laínez, ARIAS Gonzalo y Per ANSURES***

REY: Tanto de vosotros fío,  
parientes...

ARIAS: ¡Honrarnos quieres!

REY: ...que a vuestros tres pareceres  
quiero remitir el mío.  
Y así, dudoso y perplejo,  
la respuesta he dilatado,  
porque de un largo cuidado  
nace un maduro consejo.

Propóneme el de Aragón,  
que es un grande inconveniente  
el juntarse tanta gente  
por tan leve pretensión,  
y cosa por inhumana,  
que nuestras hazañas borra,  
el comprar a Calahorra  
con tanta sangre cristiana;  
y que así, de esta jornada  
la justicia y el derecho  
se remita a solo un pecho  
una lanza y una espada,  
que peleará por él  
contra el que fuere por mí,  
para que se acabe así  
guerra, aunque justa, crüel.

Y sea del vencedor  
Calahorra, y todo, en fin,  
lo remite a don Martín  
González, su embajador.

DIEGO: No hay negar que es cristiandad  
bien fundada y bien medida  
excusar con una vida  
tantas muertes.

ANSURES: Es verdad.

Mas tiene el Aragonés  
al que ves, su embajador,  
por manos de su valor  
y por basa de sus pies.

Es don Martín un gigante  
en fuerzas y en proporción,  
un Rodamonte, un Milón,  
un Alcides, un Atlante.

Y así, apoya sus cuidados  
en él solo, habiendo sido  
quizá no estar prevenido  
de dineros y soldados.

Y así, harás mal si aventuras  
remitiendo esta jornada  
a una lanza y a una espada,

lo que en tantas te aseguras,  
y viendo en brazo tan fiero  
el acerada cuchilla...

ARIAS: ¿Y no hay espada en Castilla  
que sea también de acero?

DIEGO: ¿Faltará acá un castellano,  
si hay allá un aragonés,  
para basa de tus pies,  
para valor de tu mano?

¿Ha de faltar un Atlante  
que apoye tu pretensión,  
un árbol a ese Milón,  
y un David a ese gigante?

REY: Días ha que en mi corona  
miran mi respuesta en duda,  
y no hay un hombre que acuda  
a ofrecerme su persona.

ANSURES: Temen el valor profundo  
de este hombre, y no es maravilla  
que atemorice a Castilla  
un hombre que asombra el mundo.

DIEGO: ¡Ah, Castilla! ¿A qué has llegado?

ARIAS: Con espadas y consejos  
no han de faltarte los viejos,  
pues los mozos te han faltado.

Yo saldré, y, rey, no te espante  
el fiar de mí este hecho;  
que cualquier honrado pecho  
tiene el corazón gigante.

REY: ¡Arias Gonzalo!...

ARIAS: Señor,  
de mí te sirve y confía,  
que aún no es mi sangre tan fría,  
que no hierva en mí valor.

REY: Yo estimo esa voluntad  
al peso de mi corona;  
pero ¡alzado! Vuestra persona  
no ha de aventurarse. ¡Alzado!

No digo por una villa,  
mas por todo el interés





que ha dos meses que la espero.

¿Tienes algún castellano,  
a quien tu justicia des,  
que espere un aragonés  
cuerpo a cuerpo y mano a mano?

Pronuncie una espada el fallo,  
dé una victoria la ley;  
gane Calahorra el rey  
que tenga mejor vasallo.

Deje Aragón y Castilla  
de verter sangre española,  
pues basta una gota sola  
para el precio de una villa.

REY: En Castilla hay tantos buenos,  
que puedo en su confianza  
mi justicia y me esperanza  
fiarle al que vale menos.

Y a cualquier señalaría  
de todos, si no pensase  
que si a uno señalase,  
los demás ofendería.

Y así, para no escoger,  
ofendiendo tanta gente,  
mi justicia solamente  
fiaré de mi poder.

Arbolaré mis banderas  
con divisas diferentes;  
cubriré el suelo de gentes  
naturales y extranjeros;

marcharán mis capitanes  
con ellas; verá Aragón  
la fuerza de mi razón  
escrita en mis tafetanes.

Esto haré; y lo que le toca  
hará tu rey contra mí.

MARTÍN: Esa respuesta le di,  
antes de oílla en tu boca;  
porque teniendo esta mano  
por suya el aragonés,  
no era justo que a mis pies



el ánimo. En ti confío,  
Rodrigo; el imperio mío  
es tuyo.

RODRIGO: Beso tus plantas.

REY: ¡Buen Cid!

RODRIGO: ¡El cielo te guarde!

REY: Sal en mi nombre a esta lid.

MARTÍN: ¿Tú eres a quien llama Cid  
algún morillo cobarde?

RODRIGO: Delante mi rey estoy,  
mas yo te daré en campaña  
la respuesta.

MARTÍN: ¿Quién te engaña?  
¿Tú eres Rodrigo?

RODRIGO: Yo soy.

MARTÍN: ¿Tú a campaña?

RODRIGO: ¿No soy hombre?

MARTÍN: ¿Conmigo?

RODRIGO: ¡Arrogante estás!  
Sí, y allí conocerás  
mis obras como mi nombre.

MARTÍN: Pues, ¿tú te atreves, Rodrigo,  
no tan sólo a no temblar  
de mí, pero a pelear,  
y cuando menos, conmigo?

¿Piensas mostrar tus poderes,  
no contra arneses y escudos,  
sino entre pechos desnudos,  
con hombre medio mujeres,  
con los moros, en quien son  
los alfanges de oropel,  
las adargas de papel,  
y los brazos de algodón?

¿No adviertes que quedarás  
sin el alma que te anima,  
si deajo caerte encima  
una manopla no más?

¡Ve allá, y vence a tus morillos,  
y huye aquí de mis rigores!

RODRIGO: ¡Nunca perros ladrones

tienen valientes colmillos!

Y así, sin tanto ladrar,  
sólo quiero responder  
que, animoso por vencer,  
saldré al campo a pelear;  
y fundado en la razón  
que tiene su majestad,  
pondré yo la voluntad,  
y el cielo la permisión.

MARTÍN: ¡Ea! Pues quieres morir,  
con matarte, pues es justo,  
a dos cosas de mi gusto  
con una quiero acudir.

¿Al que diere la cabeza  
de Rodrigo, la hermosura  
de Jimena no asegura  
en un pregón vuestra alteza?

REY: Sí, aseguro.

MARTÍN: Y yo soy quien  
me ofrezco dicha tan buena;  
porque, ¡por Dios, que Jimena  
me ha parecido muy bien!

Su cabeza por los cielos,  
y a mí en sus manos, verás.

RODRIGO: (Agora me ofende más  
porque me abrasa con celos.)

**Aparte**

MARTÍN: Es pues, rey, la conclusión,  
en breve, por no cansarte,  
que donde el término parte  
Castilla con Aragón

será el campo, y señalados  
jueces, los dos saldremos,  
y por seguro traeremos  
cada quinientos soldados.

¿Así quede?

REY: ¡Quede así!

RODRIGO: Y allí verás en tu mengua  
cuán diferente es la lengua  
que la espada.

MARTÍN: Ve, que allí

daré yo, aunque te socorra  
de tu arnés la mejor pieza,  
a Jimena tu cabeza  
y a mi rey a Calahorra.

**AL REY**

RODRIGO: Al momento determino  
partir con tu bendición.  
MARTÍN: Como si fuera un halcón  
volaré por el camino.  
REY: ¡Ve a vencer!  
DIEGO: ¡Dios soberano  
te dé la victoria y palma,  
como te doy con el alma  
la bendición de la mano!  
ARIAS: ¡Gran castellano tenemos  
en ti!  
MARTÍN: Yo voy.  
RODRIGO: Yo te sigo.  
MARTÍN: ¡Allá me verás, Rodrigo!  
RODRIGO: ¡Martín, allá nos veremos!

***Vanse. Salen JIMENA y ELVIRA***

JIMENA: Elvira, ya no hay consuelo  
para mi pecho afligido.  
ELVIRA: Pues tú misma lo has querido  
¿de quién te quejas?  
JIMENA: ¡Ay, cielo!  
ELVIRA: Para cumplir con tu honor  
por el decir de la gente,  
¿no bastaba cuerdamente  
perseguir el matador  
de tu padre y de tu gusto,  
y no obligar con pregones  
a tan fuertes ocasiones  
de su muerte y tu disgusto?

JIMENA:               ¿Qué pude hacer? ¡Ay, cuitada!  
Vime amante y ofendida,  
delante del rey corrida,  
y de corrida, turbada;  
          y ofrecióme un pensamiento  
para excusa de mi mengua;  
dije aquello con la lengua,  
y con el alma lo siento,  
          y más con esta esperanza  
que este aragonés previene.

ELVIRA:               Don Martín González tiene  
ya en sus manos tu venganza.  
          Y en el alma tu belleza  
con tan grande extremo arraiga,  
que no dudes que te traiga  
de Rodrigo la cabeza;  
          que es hombre que tiene en poco  
todo un mundo, y no te asombres;  
que es espanto de los hombres,  
y de los niños el coco.

JIMENA:               ¡Y es la muerte para mí!  
No me le nombres, Elvira;  
a mis desventuras mira.  
¡En triste punto nací!  
          ¡Consuélame! ¿No podría  
vencer Rodrigo? ¿Valor  
no tiene? Mas es mayor  
mi desdicha, porque es mía;  
          y ésta... ¡ay, cielos soberanos!

ELVIRA;  
JIMENA:               ...será grillos de sus pies,  
será esposa de sus manos;  
          ella le atará en la lid  
donde le venza el contrario.

ELVIRA:               Si por fuerte y temerario  
el mundo le llama "el Cid",  
          quizá vencerá su dicha  
a la desdicha mayor.

JIMENA:               ¡Gran prueba de su valor  
será el vencer mi desdicha!

***Sale un PAJE***

PAJE:                   Esta carta te han traído.  
Dice que es de don Martín  
González.

JIMENA:                Mi amargo fin  
podré yo decir que ha sido.  
¡Vete! ¡Elvira, llega, llega!

***Vase el PAJE***

ELVIRA:                La carta puedes leer.  
JIMENA:                Bien dices, si puedo ver;  
que de turbada estoy ciega.

***Lee la carta***

"El luto deja, Jimena,  
ponte vestidos de bodas,  
si es que mi gloria acomodas  
donde quitaré tu pena.

De Rodrigo la cabeza  
te promete mi valor,  
por ser esclavo y señor  
de tu gusto y tu belleza.

Agora parto a vencer  
vengando al conde Lozano;  
espera alegre una mano  
que tan dichosa ha de ser.

Don Martín." ¡Ay, Dios! ¿Qué siento?

ELVIRA:                ¿Dónde vas? ¿Hablar no puedes?

JIMENA:                ¡A lastimar las pareces  
de mi cerrado aposento,  
a gemir, a suspirar!

ELVIRA:                ¡Jesús!

JIMENA:                ¡Voy ciega, estoy muerta!



Ven enséñame la puerta  
por donde tengo de entrar.

ELVIRA:                   ¿Dónde vas?

JIMENA:                               Sigo, y adoro  
las sombras de mi enemigo.  
¡Soy desdichada! ¡Ay, Rodrigo,  
yo te mato, y yo te lloro!

**Vanse. Salen el REY don Fernando, ARIAS Gonzalo,  
DIEGO Laínez y Per ANSURES**

REY:                   De don Sancho la braveza,  
que, como sabéis, es tanta  
que casi casi se atreve  
al respeto de mis canas;  
viendo que por puntos crecen  
el desamor, la arrogancia,  
el desprecio, la espereza  
con que a sus hermanos trata;  
como, en fin, padre, entre todos  
me ha obligado a que reparta  
mis reinos y mis estados,  
dando a pedazos el alma.  
De esta piedad, ¿qué os parece?  
Decid, Diego.

DIEGO:                               Que es extraña,  
y a toda razón de estado  
hace grande repugnancia.  
Si bien lo adviertes, señor,  
mal prevalece una casa  
cuyas fuerzas, repartidas,  
es tan cierto el quedar flacas.  
Y el príncipe, mi señor,  
si en lo que dices le agravias,  
pues le dio el cielo braveza,  
tendrá razón de mostralla.

ANSURES:                   Señor, Alonso y García  
pues es una mesma estampa,  
pues de una materia misma

los formó quien los ampara,  
si su hermano los persigue,  
si su hermano los maltrata,  
¿qué será cuando suceda  
que a ser escuderos vayan  
de otros reyes a otros reinos?  
¿Quedaré Castilla honrada?

ARIAS: Señor, también son tus hijas  
doña Elvira y doña Urraca,  
y no prometen buen fin  
mujeres desheredadas.

DIEGO: ¿Y si el príncipe don Sancho,  
cuyas bravezas espantan,  
cuyos prodigios admiran,  
advirtiese que le agravias?  
¿Qué señala, qué promete,  
sino incendios en España?  
Así que, si bien lo miras,  
la misma, la misma causa  
que a lo que dices te incita,  
te obliga a que no lo hagas.

ARIAS: ¿Y es bien que su majestad,  
por temer esas desgracias,  
pierda sus hijos, que son  
pedazos de sus entrañas?

DIEGO: Siempre el provecho común  
de la religión cristiana  
importó más que los hijos;  
demás que será sin falta,  
si mezclando disensiones  
unos a otros se matan,  
que los perderá también.

ANSURES: Entre dilaciones largas  
eso es dudoso, esto cierto.

REY: Podrá ser, si el brío amaina  
don Sancho con la igualdad,  
que se humane.

DIEGO: No se humana  
su indomable corazón  
ni aun a las estrellas altas.

Pero llámale, señor,  
y tu intención le declara,  
y así serás si en la suya  
tiene paso tu esperanza.

REY:

Bien dices.

DIEGO:

Ya viene allí.

***Sale el PRÍNCIPE [don Sancho]***

REY:

Pienso que mi sangre os llama.  
Llegad, hijo; sentaos, hijo.

PRÍNCIPE:

Dame la mano.

REY:

Tomalda.

Como el peso de los años,  
sobre la ligera carga  
del cetro y de la corona,  
más presto a los reyes cansa,  
para que se eche de ver  
lo que va en la edad cansada  
de los trabajos del cuerpo  
a los cuidados del alma,  
siendo la veloz carrera  
de la frágil vida humana  
un hoy en los poseído  
y en los esperado un mañana,  
yo, hijo, que de mi vida  
en la segunda jornada,  
triste el día y puesto el sol,  
con la noche me amenaza,  
quiero, hijo, por salir  
de un cuidado, cuyas ansias  
a mi muerte precipitan  
cuando mi vida se acaba,  
que oyáis de mi testamento  
bien repartidas las mandas,  
por saber si vuestro gusto  
asegura mi esperanza.

PRÍNCIPE:

¿Testamento hacen los reyes?

REY:

(¡Qué con tiempo se declara!)

**Aparte**

No, hijo, de lo que heredan,  
mas pueden de lo que ganan.  
Vos heredáis, con Castilla,  
la Extremadura y Navarra,  
cuanto hay de Pisuerga a Ebro.  
Eso me sobra.

SANCHO:

REY:

(¡En la cara

**Aparte**

se le ha visto el sentimiento!)

PRÍNCIPE:

(¡Fuego tengo en las entrañas!)

**Aparte**

REY:

De don Alonso es León  
y Asturias, con cuanto abraza  
Tierra de Campos; y dejo  
a Galicia y a Vizcaya  
a don García. A mis hijas  
doña Elvira y doña Urraca  
doy a Toro y a Zamora,  
y que igualmente se partan  
el Infantado. Y con esto,  
si la del cielo os alcanza  
con la bendición que os doy,  
no podrá fuerzas humanas  
en vuestras fuerzas unidas,  
atropellar vuestras armas;  
que son muchas fuerzas juntas  
como un manojo de varas,  
que a rompellas no se atreve  
mano que no las abarca,  
más de por sí cada una  
cualquiera las despedaza.

PRÍNCIPE:

Si es ese ejemplo te fundas,  
señor, ¿es cosa acertada  
el dejallas divididas  
tú, que pudieras juntallas?  
¿Por qué no juntas en mí  
todas las fuerzas de España?  
En quitarme lo que es mío,  
¿no ves, padre, que me agravias?

REY:

Don Sancho, príncipe, hijo,  
mira mejor que te engañas.  
Yo sólo heredé a Castilla;

de tu madre doña Sancha  
fue León, y lo demás  
de mi mano y de mi espada.  
Lo que yo gané, ¿no puedo  
repartir con manos francas  
entre mis hijos, en quien  
tengo repartida el alma?  
PRÍNCIPE: Y a no ser rey de Castilla,  
¿con qué gentes conquistaras  
lo que repartes agora?  
¿Con qué haberes, con qué armas?  
Luego, si Castilla es mía  
por derecho, cosa es clara  
que al caudal, y no a la mano,  
se atribuye la ganancia.  
Tú, señor, mil años vivas;  
pero si mueres... ¡mi espada  
juntará lo que me quitas,  
y hará una fuerza de tantas!  
REY: ¡Inobediente, rapaz,  
tu soberbia y tu arrogancia  
castigaré en un castillo!  
ANSURES: (¡Notable altivez!) **Aparte**  
ARIAS: (¡Extraña!) **Aparte**  
PRÍNCIPE: Mientras vives, todo es tuyo.  
REY: ¡Mis maldiciones te caigan  
si mis mandas no obedeces!  
PRÍNCIPE: No siendo justas, no alcanzan.  
REY: Estoy...  
DIEGO: Mira vuestra alteza  
lo que dice; que más calla  
quien más siente.  
PRÍNCIPE: Callo agora.

**AL REY**

DIEGO: En esta experiencia clara  
verás mi razón, señor.  
REY: ¡El corazón se me abrasa!

**Sale JIMENA vestida de gala**

DIEGO: ¿Qué novedades son éstas?  
¿Jimena con oro y galas?  
REY: ¿Cómo sin luto Jimena?  
¿Qué ha sucedido? ¿Qué pasa?

JIMENA: (¡Muerto traigo el corazón! **Aparte**  
¡Cielo! ¿Si podré fingir?)  
Acabé de recibir  
esta carta de Aragón;  
y como me da esperanza  
de que tendré buena suerte,  
el luto que di a la muerte  
me le quito a la venganza.

DIEGO: Luego... ¿Rodrigo es vencido?

JIMENA: Y muerto lo espero ya.

DIEGO: ¡Ay, hijo!...

REY: Presto vendrá  
certeza de lo que ha sido.

JIMENA: (Ésa he querido saber, **Aparte**  
y aqieste achaque he tomado.)

**A DIEGO Laínez**

REY: Sosegaos.

DIEGO: ¡Soy desdichado!

**A JIMENA**

Crüel eres.

JIMENA: Soy mujer.

DIEGO: Agora estarás contenta,  
si que murió mi Rodrigo.

JIMENA: (Si yo la venganza sigo, **Aparte**  
corre el alma la tormenta.)



URRACA: Como he sabido tu pena  
he venido. (¡Y como mía **Aparte**  
hartas lágrimas me cuesta!)

JIMENA: Mas, pues soy tan desdichada,  
tu majestad no consienta  
que ese don Martín González  
esa mano injusta y fiera  
quiera dármele de esposo;  
conténtese con mi hacienda.  
Que mi persona, señor,  
si no es que el cielo la lleva,  
llevaréla a un monasterio.

REY: Consolaos, alzád, Jimena.

**Sale RODRIGO**

DIEGO: ¡Hijo! ¡Rodrigo!

JIMENA: ¡Ay, de mí!  
¿Si son soñadas quimeras?

PRÍNCIPE: ¡Rodrigo!

RODRIGO: Tu majestad  
me dé los pies, y tu alteza.

URRACA: (Vivo le quiero, aunque ingrato.) **Aparte**

REY: De tan mentirosas nuevas,  
¿dónde está quien fue el autor?

RODRIGO: Antes fueron verdaderas.  
Que si bien lo adviertes, yo  
no mandé decir en ellas  
sino sólo que venía  
a presentalle a Jimena  
la cabeza de Rodrigo  
en tu estrado, en tu presencia,  
de Aragón un caballero;  
y esto es, señor, cosa cierta,  
pues yo vengo de Aragón,  
y no vengo sin cabeza,  
y la de Martín González  
está en mi lanza allí fuera;



y ésta le presento agora  
en sus manos a Jimena.  
Y pues ella en sus pregones  
no dijo viva ni muerta,  
ni cortada, pues le doy  
de Rodrigo la cabeza,  
ya me debe el ser mi esposa;  
mas si su rigor me niega  
este premio, con mi espada  
puede cortalla ella mesma.

REY: Rodrigo tiene razón;  
yo pronuncio la sentencia  
en su favor.

JIMENA: (¡Ay, de mí! **Aparte**  
Impídemme la vergüenza.)

PRÍNCIPE: ¡Jimena, hacedlo por mí!

ARIAS: ¡Esas dudas no os detengan!

ANSURES: Muy bien os está, sobrina.

JIMENA: Haré lo que el cielo ordena.

RODRIGO: ¡Dicha grande! ¡Soy tu esposo!

JIMENA: ¡Y yo tuya!

DIEGO: ¡Suerte inmensa!

URRACA: (¡Ya del corazón te arrojé, **Aparte**  
ingrato!)

REY: Esta noche mesma  
vamos, y os desposará  
el obispo de Placencia.

PRÍNCIPE: Y yo he de ser el padrino.

RODRIGO: Y acaben de esta manera  
las mocedades del Cid,  
y las bodas de Jimena.

## FIN DE LA COMEDIA

Texto electrónico por [Vern G. Williamsen](#) y [J T Abraham](#)

**Formateo adicional por Matthew D. Stroud**

**Actualización más reciente: 26 Jun 2002**